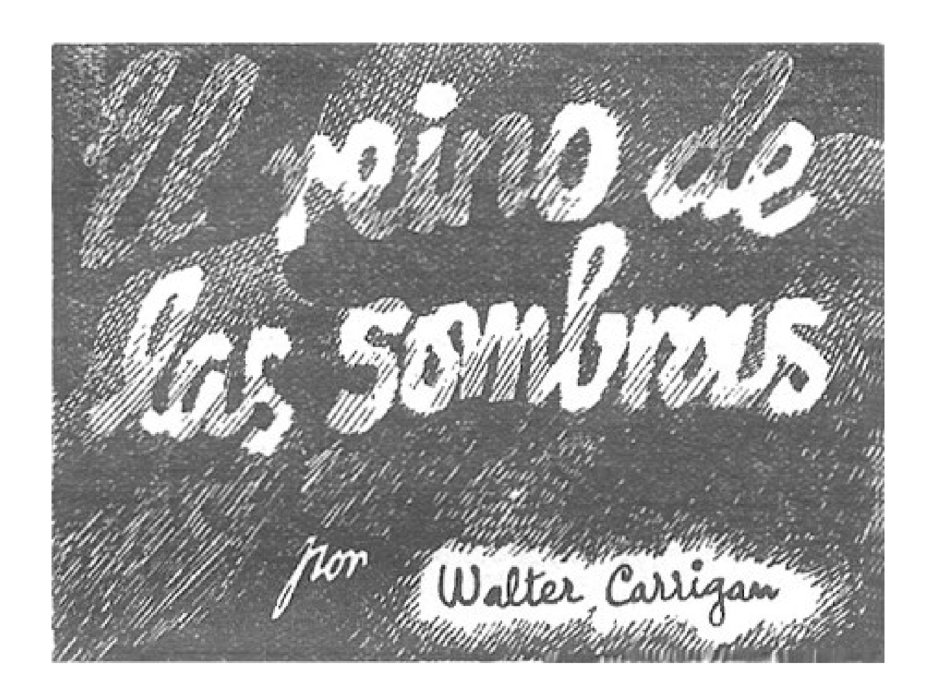


El REINO de las SOMBRAS
WALTER CARRIGAN
T-15
JOSE LUIS
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



PRINTED IN SPAIN

TIP. ARTÍSTICA – VALENCIA



INTRODUCCIÓN

Procedente de Tacom, planeta moribundo situado a miles de millones de kilómetros de la Tierra, y tras una larga peregrinación por los profundos espacios siderales, aterriza en el Polo Norte una fantástica astronave tripulada por viejos decrépitos.

Los tacomis ven en la Tierra un mundo que reúne las mismas condiciones de habitabilidad que Tacom, pero incapacitados para emprender el viaje de regreso, no sólo a causa de su avanzada edad pues llevan casi cien años buscando un planeta donde pudiera asentarse la civilización tacomis en trance de perecer, sino también por la falta de combustible atómico necesario para alimentar los potentísimos motores del *Kipsedón*, así llamada la astronave, deciden encontrar en la Tierra la ayuda necesaria para emprender dicho viaje de regreso.

Yandot, el más joven de los expedicionarios, llamado el Hombre Rojo de Tacom y nacido a bordo de la aeronave como sus seis hermanos, libera a ciento cincuenta prisioneros del campo de concentración ruso de Sibiriakof y los conduce al *Kipsedón*. Por otra parte, un aparato de reconocimiento americano es atraído por los rayos magnéticos de la nave interplanetaria y obligado a descender en el campo de hielo sobre el que se halla posado el *Kipsedón*. Tras un intento fracasado de fuga por parte de los americanos, Kazan,

uno de los cabecillas de los prisioneros liberados, transmite un radio equívoco que reporta como consecuencia un ataque en masa de la aviación terrestre con lanzamiento de una bomba atómica. El *Kipsedón* emplea sus poderosas armas defensivas y escapa tranquilamente, no sin antes derribar un considerable número de aviones terrestres.

CAPÍTULO I

¡PELIGRO...!

U
na ola de terror se extendió sobre la Humanidad. La masa se lanzaba ávida a leer las noticias en la prensa, escuchaba afanosa junto a los aparatos de televisión y radio y discutía histéricamente la verosimilitud de los hechos reatados por los Estados Mayores de la Aviación. Se procuraba en los medios militares ocultar y silenciar cuanto ocurría, pero esto fue contraproducente, pues la imaginación de las gentes galopaba desbocada por los caminos de lo irreal.

Primero habían sido los misteriosos platillos volantes. Aparecieron en las cinco partes del mundo… En realidad, sólo se vieron las estelas luminosas y los rastros de fuego dejados en sus vertiginosos desplazamientos por el cielo. Luego había estado aquel mensaje del profesor Hoppel, anunciando el peligro que amenazaba a la Tierra. Fue cuestión de horas llegar a ponerse de acuerdo las principales potencias. Como naciones más poderosas y más directamente amenazadas, los Estados Unidos y la U.R.S.S. contribuyeron a la aventura con numerosos e importantes efectivos aéreos. El ataque a la imponente astronave de color azul resultó un tremendo fracaso. Escuadrillas enteras quedaron destruidas en cuestión de segundos, sin que pudieran impedir el despegue majestuoso de la aeronave y su increíble ascensión hacia el espacio.

Pero he aquí que cuando se consideraba, si no cancelado, sí temporalmente alejado el peligro de la Tierra, los telescopios de los distintos observatorios del mundo entero habían descubierto algo asombroso. La noticia no pudo ser ocultada. Trascendió al público y a la masa de lectores y radioescuchas. Al principio no hubo terror alguno; tan sólo curiosidad morbosa. Después, sobre todo en los Estados Unidos de Norteamérica, el pánico cundió entre las gentes.

El motivo no era para menos: La Tierra poseía desde hacía unos días un nuevo satélite, muy pequeño, que describía su órbita a cuarenta mil kilómetros de distancia. Se supuso era la fantástica astronave que desapareciera sobre el Polo Norte.

Y desde el momento que permanecía allí, describiendo diariamente una vuelta completa en torno a la Tierra, es que existía alguna razón. ¿Y qué otra razón podía ser sino la futura conquista de la Tierra por habitantes de otro mundo desconocido? Estos hombres interplanetarios, no cabía la menor duda, estaban vigilando, observando, sacando deducciones, calibrando la

posibilidad de invadir y adueñarse del planeta.

Y el terror se apoderó de la Humanidad...

* * *

Las grandes compuertas de los hangares se abrieron dejando paso libre a las naves tacomis. Impulsados por sus potentes motores atómicos, los extraños aparatos siderales se alejaron del *Kipsedón*, cayendo a plomo sobre la Tierra y saliendo de la órbita descrita por la astronave.

La flota de combate tacomis volaba en densa formación. Las siete esferas (una había sido destruida por el propio *Kipsedón* al intentar el comandante Yemeneff escapar en ella) marchaban en el centro, rodeadas por los dieciocho platillos votantes y precedidas por los veinticinco destructores de forma ahusada, yendo cada aeronave tripulada por tres hombres.

En la esfera almirante, mandada por el sut Zanu, viajaban el profesor Hoppel del Observatorio de Monte Palomar; el capitán Bedford de la Air Force; y Karl Müller, evadido del campo de concentración de Sibiriakof. En otra esfera, bajo las órdenes de Yandot, iban el intrigante Dimitri Kazan y sus compañeros de aventuras: el húngaro y Mihaly, el polaco.

Los terrestres contemplaban fascinados a través de las paredes transparentes de kass, material de que estaban construidas las aeronaves, la curvatura del planeta que parecía subir a increíble velocidad a su encuentro. Suspensos y aturdidos, no acertaban a formular palabra alguna como no fuera para admirar la extraordinaria inteligencia de aquellos seres que habían conseguido vencer la fuerza de gravedad e inercia.

Al entrar en contacto con la atmósfera terrestre, se notó como un suave choque y un chirrido, al tiempo que un aumento rápido de temperatura. El sut Zanu manipuló en el tablero de control, donde brillaban luces de todos los colores imaginables y oscilaba una cantidad abrumadora de indicadores. La temperatura volvió a ser la de antes, el chirrido desapareció y la velocidad disminuyó considerablemente.

A cuarenta kilómetros de altura, la flota asumía el vuelo horizontal. Zanu iluminó la pantalla de televisión y habló con aquella voz gutural peculiar de los tacomis. A través de las paredes transparentes de kass, los terrestres observaron cómo la formación se disgregaba en dos grandes grupos, tomando direcciones opuestas.

La formación de Yandot se perdió rápidamente de vista dejando tras de sí fugaces y luminosos rastros que tenían el aspecto de colas

de fuego.

Las aeronaves de Zanu describieron un semicírculo y se abatieron hacia tierra. Volando a poca altura sobre el Océano Pacífico, podía apreciarse la blanca estela de un buque que empenachaba de negro el horizonte con el humo de sus chimeneas. Casi enseguida se divisó en lontananza una delgada línea de costa.

Derek Bedford asistía silencioso al vertiginoso avance de las aeronaves. Las costas se echaron encima. Apareció un puerto. El capitán lo reconoció. Era el de Los Angeles. Se imaginó la profunda consternación que la presencia de las naves interplanetarias habría causado entre los habitantes de la ciudad, sobre cuyo cielo pasaron a velocidades fantásticas. Casi bruscamente, el paisaje que se deslizaba raudo bajo su asombrada mirada se detuvo, por así decirlo. En realidad, eran las aeronaves las que se habían quedado estáticas en el aire, y, sin embargo, ni una sola sacudida ante el violento frenazo se sintió en el interior de la esfera almirante. Y lo mismo debía haber pasado en los otros aparatos.

A cinco mil metros de profundidad pudieron los terrestres distinguir perfectamente unas construcciones modernísimas enclavadas en un terrero desértico: Eran las plantas atómicas de Oak Ridge. Lo sabían sin necesidad de mirarlas, como asimismo conocían el objetivo perseguido por los tacomis: combustible atómico y víveres que pudieran concentrar en suficiente cantidad para emprender el viaje de regreso a Tacom.

Las esferas y los platillos volantes se cernieron sobre Oak Ridge, lugar celosamente guardado por los americanos contra enemigos de todo género, quedando inmóviles a menos de doscientos metros de altura, mientras las naves de forma ahusada, los destructores, volaban describiendo lentos y majestuosos círculos a doce mil pies de altura y constituyendo un techo de protección contra las incursiones aéreas norteamericanas que no se harían esperar.

En tierra reinaba una enorme agitación. Las sirenas de alarma debían estar sonando desaforadamente, pues se veía correr a la gente en todas direcciones, en tanto que los guardias, fusil ametrallador en mano, miraban boquiabiertos y con los ojos espantados hacia las naves estacionadas en el aire. *Jeeps*, automóviles y grandes camiones rodaban por las carreteras que conducían a las plantas atómicas a desenfrenada velocidad. En su nerviosismo, un chofer no controló el volante y se salió de su ruta, volcando en la cuneta. Los guardianes, repuestos un tanto de su sorpresa, empezaron a disparar locamente. Se cerraban puertas y ventanas. La confusión y el terror llegaron en breves instantes a su

máximo.

Derek Bedford, angustiado, presenciaba el movimiento de aquella colmena humana aterrorizada por la presencia de las naves interplanetarias y por la siniestra amenaza que ello representaba.

La voz gutural de Zanu le sobresaltó. Vio cómo los tacomis apretaban una serie de botones encarnados. Una diminuta pantalla reflejó una onda intermitente. Volvió los ojos hacia Oak Ridge y soltó un respingo. En los pocos días que llevaba al lado de los tacomis había hecho esfuerzos considerables para no asombrarse de nada cuanto viera. Vano intento. Segundos antes las plantas atómicas de Oak Ridge parecían una colmena en ebullición. Ahora eran un cementerio. Nada se movía: ni automóviles, ni los grandes camiones que circulaban por la carretera, ni las máquinas, ni los hombres; en una palabra: nada.

Yandot les había hablado de la acción de los rayos paralizadores. En este momento estaba observando sus efectos. Los motores habían dejado de funcionar. Los hombres estaban completamente inmóviles en las más extrañas actitudes: con la cabeza levantada, una pierna a punto de dar un paso o con los fusiles alzados apuntando hacia arriba. Era algo grotesco y sorprendente. Risible y aterrador.

Zanu dio una orden ante la pantalla de televisión y las esferas y los platillos volantes descendieron hasta posarse suavemente en el mismo interior de las fábricas atómicas. Allá arriba, en el cielo azul, seguían los destructores girando y describiendo círculos.

Las puertas de las esferas y de los platillos se abrieron convirtiéndose en rampas. Por éstas empezaron a bajar los tacomis, embutidos en trajes especiales de kass, provistos de escafandras y armados de fusiles eléctricos. Algunos descendieron con raros y extraños aparatos que fueron transportados por hombres robots al interior de los edificios. Se escucharon rumores sordos.

Zanu se encaró con los dos americanos y el alemán. En su mano sostenía una especie de micrófono que alargó al profesor. En la pantalla de televisión apareció el rostro rojizo de Yandot. Los labios del Hombre Rojo se movieron levemente hablando en ruso.

—Dice mi hermano Zanu que sus aparatos de localización han detectado varias escuadrillas de combate que se dirigen hacia las aeronaves. Hable usted, profesor Hoppel, a sus compatriotas advirtiéndoles del peligro que corren. Que se abstengan de luchar. De lo contrario lamentaríamos tener que defendernos. Yo estaré escuchando sus palabras. Conozco bastante bien su idioma y no me podrá engañar. Recuerde que su hija está a bordo del *Kipsedón*.

Müller tradujo estas palabras al inglés. El profesor empezaba a

lamentar haber secundado en cierto modo los proyectos tacomis. Claro está que lo había hecho llevado de su espíritu científico, admirado de los progresos alcanzados por los hombres rojos en todas las ciencias y también impulsado por la idea de que si no lo hacía caerían grandes males sobre la Humanidad. Pero veía que, de todos modos, los tacomis tendrían que emplear sus terribles armas para conseguir combustible atómico y víveres.

Cogió el micrófono que le alargaba Zanu. Sabía que su voz sería escuchada no sólo por los pilotos de los aviones que se aproximaban a toda velocidad sino también por todos cuantos estuvieran junto a un aparato de radio o de televisión sintonizado con las emisoras enclavadas en un radio de cien millas a la redonda.

—¡Atención! ¡Atención! Habla el profesor Hoppel del Instituto Astronómico de Monte Palomar —volvió a repetir las mismas palabras y prosiguió—: Al Gobierno de los Estados Unidos, al Comando Estratégico del Aire y a los comandantes de las escuadrillas que vuelan hacia este punto: Desistan de cualquier intento violento de arrojar las naves interplanetarias del cielo de Oak Ridge. Hablo así porque comprendo que es imposible resistir ni siquiera oponerse al intenso poder de estos seres llamados tacomis. Ningún daño causarán a menos que sean atacados. Repito: No ataquen a las aeronaves estacionadas en el cielo de Oak Ridge. Dentro de poco abandonarán la Tierra.

Zanu cortó la comunicación y el rostro de Yandot desapareció de la pantalla. El sut hizo una seña a los terrestres para que bajaran. Aunque no les hacía ninguna falta, fueron provistos de escafandras de kass. Derek, el capitán, sabía por qué. Las escafandras iban provistas de pequeños aparatos de radio que les servían para comunicase entre sí siempre que la distancia no fuera superior a tres millas. Llevando puestas las escafandras, los tacomis oirían todo cuanto pudieran hablar entre ellos.

Cruzaron un patio vallado por el que se movían varios robots transportando aparatos de formas raras al interior de los edificios donde ya trabajaban dos docenas de tacomis bajo la dirección de Utor, hermano de Zanu y Yandot.

De súbito, oyeron fuertes sonidos que aumentaban en intensidad por momentos. ¡Los aviones americanos atacaban a los destructores de forma ahusada! ¡Y disparaban con todas las armas de a bordo!

El corazón de Derek se encogió dentro de la caja torácica, viendo cómo los destructores, hasta entonces estacionados en el cielo, se movían adquiriendo una velocidad terrible y apartándose de la trayectoria de los proyectiles, inofensivos contra la coraza de

kass.

Las naves tacomis describieron una semi-luna en el aire punteado por los fogonazos de las ametralladoras, y se lanzaron sobre las formaciones yanquis. No intentaron chocar contra los reactores y mucho menos hacer uso de sus armas: se limitaron a desorganizar la formación, realizando varias pasadas a toda velocidad por encima de las escuadrillas yanquis.

Derek no se percató de que había sido Zanu quien, desde el suelo, había dado aquella orden. Los cazas americanos continuaron revolviéndose como locos en el espacio disparando sin cesar y causando el mismo daño que un niño con una escopeta cargada de perdigones hubiese producido a los aparatos yanquis. Los pilotos americanos debieron recibir órdenes de retirarse o comprendieron que estaban perdiendo el tiempo, lo cierto es que variaron súbitamente el rumbo y tras pasar sobre las esferas y los platillos, sin disparar ni arrojar ningún cohete o bomba debido a la proximidad de las fábricas atómicas, emprendieron el regreso a sus bases.

Zanu hizo una seña a sus compañeros y penetraron en el edificio. El capitán Bedford y Karl Müller se quedaron un poco atrás.

—No se nos presentará una ocasión mejor que ésta para escapar —dijo el alemán—. Podemos apoderarnos de Zanu e imponer condiciones. Zanu es un jefe y los tacomis lo cambiarían gustosos por la hija del profesor.

—¿Olvida usted que Zanu está armado y nosotros no? —replicó el americano a través de la radio de que iban provistas las escafandras—. Además, Zanu estará oyendo nuestra conversación y quién nos asegura que no conoce el inglés. Estos individuos son portentosos. Puede haberlo aprendido escuchando las emisiones de nuestras estaciones de radio.

—No se nos presentará ocasión mejor que ésta —repitió Müller.

El alemán tenía razón, pero Derek pensaba en Lanca. ¿Qué ocurriría si salía mal la intentona? Además, Zanu podría montar en cólera y destruir en un santiamén unas cuantas ciudades americanas como represalia. Mas, aquella amabilidad tacomis... ¿No podría ser todo un juego sucio? ¿Qué harían después? ¿Les dejarían libres? ¿Se volverían contra la humanidad? ¿O partirían de la Tierra una vez tuvieran el combustible necesario para llegar hasta su lejana galaxia?

—Esperaremos los acontecimientos —dijo—. Si nos precipitamos lo echaremos todo a rodar.

Siguieron a Zanu y al profesor. Todo el personal de las plantas atómicas, profesores, técnicos, doctores, empleados, guardianes, etc. parecían figuras de cera. Ni uno solo se movía. Mantenían los ojos abiertos, pero era difícil adivinar si veían a las extrañas criaturas que pasaban por delante de ellos embutidas en pintorescos atuendos azules.

Docenas de tacomis trabajaban afanosos. Medio centenar de sorprendentes robots les ayudaban en su trabajo. Se movían con una seguridad pasmosa, sin tropezar con ningún obstáculo, obedeciendo las órdenes que les trasmitían los hombres rojos como si fueran soldados perfectos.

—Merecía la pena ver esto —exclamó maravillado el profesor Hoppel—. Es realmente magnífico, como todo lo que se refiere a estos hombres.

Sonó en sus oídos una voz tacomis. Entendieron que se llamaba a Zanu. Éste contestó guturalmente y continuó inspeccionando el trabajo de sus hombres.

Sobre el ruido de los aparatos eléctricos y del sordo rumor de la maquinaria se percibió el estrépito de varios disparos de armas de fuego. Zanu habló por la radio. Le contestó una voz inexpresiva. El sut salió de las fábricas llevando pegados a sus talones a los tres terrestres.

Por las carreteras que conducían a Oak Ridge avanzaban grandes masas de tanques, unidades acorazadas y batallones del Ejército, armados con todos los ingenios bélicos ultramodernos. Aproximadamente a dos kilómetros de Oak se detenían y establecían posiciones. Se divisaban cañones auto propulsados de gran calibre, artillería antitanque y antiaérea, bazookas y lanzacohetes, reflectores lanzanieblas y ametralladoras, todo en gran profusión.

Más lejos, en el cielo azul de California, volaban numerosas escuadrillas de aparatos. Todo indicaba que se proponían lanzar un ataque conjunto contra las plantas atómicas.

—Supongo que no recurrirán al extremo de lanzar una bomba de hidrógeno sobre nosotros, destruyendo todas las instalaciones —comentó Derek preocupado.

—No sería nada extraño —dijo Augustus Hoppel— teniendo en cuenta el pánico que debe haber cundido entre la población. A estas alturas todo el mundo debe saber que las naves interplanetarias se han apoderado de las fábricas atómicas con una facilidad asombrosa. Los Estados Mayores del Ejército y de la Aviación dudan en lanzar un ataque presintiendo que nada conseguirían. Pero debe

ser destruido este peligro que amenaza a la humanidad y esto les atormenta. El Gobierno estará buscando una salida al asunto. Nadie sabe si las intenciones de los tacomis son las que yo he anunciado por la radio. Se darán explicaciones, se discutirá, se observará, pero Dios quiera que no tomen medidas radicales. Sería catastrófico para el mundo.

—Pero ¿qué daño pueden causar a estas esferas y al *Kipsedón*? —dijo enfurecido Derek—. Estas aeronaves son completamente invulnerables.

—No lo creo. Debe existir algún medio de vencerlas, mas, por ahora, está fuera de nuestro alcance. Yandot no nos mintió al decirnos que podían destruir en varios segundos toda la vida sobre la superficie terrestre.

Pasaron las horas. La noche tendió su negro manto sobre la tierra. Las fuerzas americanas se mantenían en sus posiciones sin adelantar un paso. Habían excavado trincheras y parapetos y desde allí contemplaban con ayuda de potentes reflectores el movimiento en las plantas de Oak Ridge. Los tacomis, por su parte, continuaban sin descanso su labor amparados por la cobertura de los destructores, inmóviles en el cielo.

Derek se sentía incapaz de aguantar por más tiempo aquella situación. Tuvo que presenciar impasible el rapto de los científicos más eminentes de Oak Ridge. Los robots cargaron con todos los cuerpos paralizados que había en las plantas atómicas y los metieron en las esferas y en los platillos. Fue un secuestro colectivo. Más de doscientos hombres fueron hacinados en el interior de las aeronaves.

Aprovechando un momento en que Zanu les perdió de vista, Derek se quito la escafandra e hizo señas a Müller para que le imitara, cosa que éste hizo al instante. El profesor Hoppel no se hallaba con ellos.

—¿Ha decidido hacer algo? —inquirió el alemán sonriendo.

—Sí. No aguanto más esta situación. Escuche, Müller. El profesor Hoppel y yo nos encontramos imposibilitados de hacer un solo movimiento en contra de los tacomis porque éstos retienen en su poder a la persona que más queremos los dos. Sabe usted que estoy casado con la hija del profesor. Su seguridad me importa más que el resto del mundo. Pero he estado pensando detenidamente la situación. Juzgo que mi comportamiento no es digno de un oficial norteamericano y, más genéricamente, de un terrestre. Voy a intentar la fuga con el único y exclusivo objeto de documentar a mi Gobierno sobre las armas, el poder, los pensamientos y todo lo que

sé de los tacomis. Mis palabras valdrán de mucho…

—No tiene usted por qué sacrificarse, capitán —cortó el alemán —. Yo soy un hombre libre. No tengo parientes y me es indiferente morir hoy que mañana. Yo iré…

—De ningún modo, Müller. Usted es una persona decente. Prométame que cuidará de mi esposa y del profesor. Usted no sería escuchado por mi gobierno, y lo más seguro es que se encontrara con dificultades insuperables. A mí me conocen y atenderán a mis explicaciones.

En pocas palabras puso Derek en conocimiento del alemán su plan de fuga.

Instantes después, los dos hombres, con las escafandras puestas, salieron al patio principal. Sin precipitarse, se encaminaron hacia la valla que rodeaba Oak Ridge. Dos robots bajaban de un platillo volante. Necesariamente tenían que cruzarse con ellos. Derek vaciló, pero siguió andando. Los hombres mecánicos pasaron de largo.

Ya junto a la valla, Derek la salvó ayudado por el alemán. Protegido por la oscuridad, echó a correr hacia las posiciones de sus compatriotas. Mientras corría miraba frecuentemente hacia atrás. Al parecer, nadie había advertido su fuga. Todo estaba en silencio. Las plantas atómicas parecían dormir bajo el manto protector de los destructores, uno de los cuales se perfilaba contra las estrellas a poca altura. Los reflectores americanos continuaban asaltando la noche con sus haces amarillentos. Cuando se encontraba en medio de la zona muerta, en campo de nadie, uno de aquellos reflectores le cogió de lleno.

Derek siguió corriendo. Por un segundo se imaginó estar tomando parte en una de aquellas carreras de la milla que le hicieron famoso en la Academia del Aire, primero y en todos Estados Unidos, después. Su zancada seguía siendo poderosa y su andar rápido. Pero por mucho que lo fuese no se podía comparar en absoluto con el avance de las balas.

Allá enfrente apuntaron los fogonazos de una ametralladora. Las balas rebotaron casi en sus mismos pies, aullando y silbando, al tiempo que oía el estampido de los disparos. Derek agitó desesperadamente los brazos. Se olvidó que su escafandra le había identificado con uno de aquellos seres interplanetarios.

Su acción tuvo como resultado encender la noche de resplandores rojizos. Un aluvión de balas se abatió sobre su persona. Sintió los secos impactos en el pecho, y en sus oídos sonó el repiqueteo de los pequeños abejorros metálicos contra la

escafandra de kass.

Un segundo después, Derek Bedford se desplomó de bruces en tierra…

De las posiciones americanas surgió un clamor de victoria; de las plantas atómicas se elevó una especie de aullido quejumbroso…

CAPÍTULO II

LA VENGANZA DE KAZAN

Dimitri Kazan rumiaba sus propios pensamientos. Era un sádico. Pero poseía inteligencia y sabía cómo emplearla. Era vengativo. Aquellos que lo habían hundido, desterrándole al campo de concentración de Sibiriakof, se hallaban disfrutando de la vida sin acordarse para nada de Kazan. Pronto todos ellos temblarían de pavor al solo anuncio de su nombre.

Volando sobre Siberia en ruta hacia las fábricas atómicas soviéticas descubiertas y localizadas por los tacomis en sus exploraciones aéreas, la flota de Yandot cruzó por encima de ciudades entregadas tranquilamente al descanso, con sus salas de espectáculos repletas de gente ansiosa de divertirse. Los poderosos industriales y los dirigentes del pueblo a los que siempre había aborrecido Kazan porque llegaron a triunfar donde él había fracasado, serían los que más sufrirían a consecuencia de las represabas tacomis.

Kazan habló con Yandot. Sabía que era muy difícil engañar al hombre rojo, mas él era un artista en el arte de reflejar pensamientos y actitudes contrarias y estaba seguro de que Yandot no se apercibiría de sus planes hasta que éstos estuvieran consumados.

—Conozco perfectamente estas regiones —manifestó—. Sé dónde radican las mejores industrias y los almacenes de víveres que vosotros buscáis. Considérame como uno de los tuyos, Yandot. Yo puedo guiar a las aeronaves hacia esos centros mientras tú te apoderas de las fábricas atómicas. Y no olvides que los habitantes de este país son crueles y reaccionarán vigorosamente ante nuestra presencia.

El tacomis miró al ruso sintiendo éste toda la intensidad de aquella mirada y temiendo que su máscara no bastase para engañar al hombre rojo. Consiguió sobreponerse.

—Guiarás cuatro platillos volantes y el mismo número de destructores hacia esos centros industriales y agrícolas —dijo Yandot.

Dimitri pasó a otra aeronave tripulada por tres tacomis de faz apergaminada. La pantalla de televisión se iluminó con el rostro de Yandot, el cual dio órdenes con su voz gutural y solemne.

El ruso entendió las palabras y sonrió levemente. Ahora ya nadie

podía apartarle de sus proyectos. Sumamente complacido tomó asiento junto al piloto y le indicó la ruta que conducía a la ciudad de Novosibirsk.

*   *   *

Peter Kruniev era un idealista, un buen ciudadano de la República Soviética, además de ser un hombre de mano dura, hechos reconocidos por sus superiores en el gobierno ruso. Le miraban con benevolencia y poco después del servicio que prestó deteniendo y enviando a Sibiriakof al terrorista Dimitri Kazan, obtuvo su recompensa.

La recompensa de Peter Kruniev consistió en ser nombrado comisario político en Novosibirsk. Era un trabajo agradable y que forzosamente había de complacer a un comunista convencido. En los ocho años que llevaba en la capital siberiana había ascendido de categoría hasta ser nombrado comisario jefe del sector. Trabajaba con extraordinario celo. Sus superiores sonrieron y observaron que ahí estaba un hombre merecedor de nuevos ascensos. Mientras, Peter Kruniev se sentía feliz en Novosibirsk.

Luego, una noche corrió a su casa presa de hondo terror.

Corrió literalmente, embistió la puerta de su mansión situada en la parte alta de la ciudad y entró cerrando de golpe. Permaneció con la espalda apoyada en la puerta como si la cerrara contra algo que le perseguía.

Sus criados se fijaron en su jadeo y explicaron luego a la policía que respiraba con dificultad y sollozaba de terror.

La casa de Kruniev era de piedra gris y distinta en eso de la mayoría de las casas de la ciudad; se erguía en un gran patio adornado de matorrales bien cuidados por un jardinero. Había dos entradas. Una de ellas daba acceso a un camino que llevaba detrás de la casa, donde había una gran extensión de césped y un plantío de árboles, un garaje y las habitaciones del chofer situadas sobre éste.

La otra puerta daba a un camino que llevaba en línea recta a la puerta de la casa.

Kruniev corrió hacia su despacho. Un instante después, los criados de la gran mansión le oyeron gritar y se sobresaltaron.

Aquel alarido hizo subir a todos los criados corriendo. Entraron en el despacho y allí se pararon. No lograban dar crédito a sus ojos.

Era imposible comprender cómo Peter Kruniev se había transformado en un hombre negro.

Peter Kruniev estaba completamente negro. No sólo su piel, sino

sus uñas, sus ojos, dientes, su boca que estaba abierta en una mueca horrorosa… todo negro. Aquella noche se había puesto un traje gris y un gabán del mismo color, pero esas prendas tenían a la sazón el color de la tinta china.

El mayordomo gimió, el chofer lanzó un gruñido sordo, mientras del teléfono descolgado partían las llamadas del policía de servicio en la comisaría a quien Kruniev había empezado a transmitir sus temores.

—¡Camarada comisario! —chilló el mayordomo.

La estatua de azabache se transformó en un espectro que se retorcía, o así les pareció a los criados. El hombre de hierro de Novosibirsk —era él, pues había reconocido sus facciones— pareció transformarse en una nube de vapor pardo, que se mecía y cambiaba de forma. De pronto se inclinó hacia ellos, monstruosidad irreal, espectral, sin forma humana. Flotó hacia ellos en línea recta.

El mayordomo chilló y retrocedió al mismo tiempo que los demás criados, pero el chofer se sacó una pesada llave inglesa del bolsillo de la cadera y la tiró al horror negro.

La llave pasó a través de éste y dejó una señal en el yeso de la pared de enfrente.

Entonces, repentinamente y delante de sus ojos, aquella cosa negra desapareció en silencio. No se extendió, sino que pareció desvanecerse, deshacerse, esfumarse.

—¡Lo he matado! —gritó el chofer.

Y el único sonido que se oyó en el cuarto durante largo tiempo fue su respiración anhelosa. Buscaba con los ojos los restos de Peter Kruniev, pero no los distinguía.

—¡No puedo… haberlo matado! —graznó aterrorizado.

Una carcajada les cogió por sorpresa. Subía de abajo… Era una risa sarcástica. La cocinera exclamó algo con voz ronca y se desmayó. Cayó en el umbral, con el cuerpo en el interior del despacho del comisario, instalado en el desván. Los demás criados la dejaron allí y corrieron abajo con el fin de saber quién había reído y por qué.

Hubo un fuerte silbido, un estruendo gimiente que desgarraba los tímpanos precisamente cuando los criados, excepción hecha de la cocinera, llegaron a la planta baja. Salía del patio situado detrás de la casa y el vecindario entero lo oyó.

Los criados salieron atropelladamente pero no hallaron nada. No vieron más que la noche oscura y fría y los matorrales, que por ser de siemprevivas no sufrían los efectos del frío siberiano. Se oía los ruidos propios de la ciudad, las bocinas de los automóviles que

pasaban por las calles, el fragor de un tranvía, la música que surgía de los altavoces de una sala de fiestas.

Buscaron y rebuscaron sin que a nadie se le ocurriera mirar hacia el cielo estrellado. De haberlo hecho apenas salieron de la casa, hubiesen apreciado un rastro de fuego que desapareció casi instantáneamente en la lejanía.

* * *

El gobierno moscovita sufrió rudo sobresalto con las noticias que, una tras otra, en rápida sucesión, llegaron procedentes de Siberia. Las fábricas atómicas de Georgia habían sido atacadas por extraordinarias aeronaves que se suponía eran interplanetarias. En Novosibirsk habían sido divisadas varias estelas azules en el cielo y el comisario Kruniev había desaparecido desintegrado misteriosamente ante los ojos aterrorizados de sus sirvientes. En Cheliabinsk, cerca de los Urales, un centro industrial había sido ocupado por extraños hombres vestidos con trajes azules y provistos de escafandras. Cuando se presentaron las fuerzas de seguridad y una escuadrilla de cazas, las industrias desaparecieron en medio de una tremenda explosión atómica y varios platillos volantes se elevaron vertiginosamente hacia el espacio, sin que los reactores comunistas pudieran darles alcance.

A continuación, los almacenes de la Costorg de Perm fueron saqueados e incendiados, siendo además destruidas las casas de los principales comunistas de la ciudad. Unos rayos misteriosos se abatieron sobre las construcciones, que se consumieron en breves minutos.

Pese a su organización fuertemente policíaca y a la censura de prensa y radio, los sucesos no tardaron en ser del dominio público. El gobierno de Moscú estaba consternado ante aquel ataque extraterrestre. Comprendía que si no reaccionaba tomando medidas radicales, el terror y el pánico se apoderarían de las multitudes que confiaban en las promesas de seguridad dadas por los dirigentes del Kremlin.

* * *

Sesenta kilómetros al sur de la ciudad de Minsk, en la Rusia Blanca, se erguía rodeada de campos feraces una de esas granjas agrícolas colocadas bajo la tutela estatal. Su director, Feodor Gurevich, era un hombre de suerte. Originariamente aquellas tierras habían sido suyas, pero al sobrevenir una reforma agraria más importante que las anteriores, fueron expropiadas estableciéndose

en ellas una granja agropecuaria de primer orden. Si de jure habían dejado de ser suyas aquellas tierras, de facto continuaba siendo tan dueño como antes.

Feodor se consideraba satisfecho. Su hijo Iván había ingresado en el Ejército del Aire y le habían pronosticado una carrera brillante. Su hija Tania, tan cariñosa y alegre, le ayudaba en su labor.

Se hallaba tumbado en su sillón preferido, fumando calmosamente su vieja pipa de ébano y sumido en agradables pensamientos, cuando Tania penetró en la habitación. Venía muy excitada. Nunca la había visto de aquel modo.

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó—. ¡Mira por la ventana y verás algo fantástico!

—Pero, Tania. ¿De qué se trata? ¿Son los inspectores del Gobierno? —inquirió en tono de chanza

—Algo mucho peor. ¡Platillos volantes! ¡Y se dirigen hacia aquí!

Feodor, sonriendo, se levantó de mala gana y echó un vistazo por la ventana. La pipa se le cayó de la boca. Abrió los ojos desmesuradamente al tiempo que dejaba escapar una exclamación de asombro. ¡Era cierto lo que decía su hija! ¡Y aquellos quiméricos platillos volantes se disponían a tomar los terrenos de su granja como campo de aterrizaje!

Saliendo de su estupor, corrió hacia el armario donde guardaba sus armas de caza y empuñó un rifle automático de gran alcance y potencia. Con el arma fuertemente empuñada se encaminó hacia la puerta.

—No vayas, padre. No te expongas —le rogó Tania.

—Quédate en esta habitación y no salgas pase lo que pase. Pero no debemos preocuparnos. Sin duda, son aparatos rusos de extraña forma en vuelo de pruebas.

Cuando salió al porche, la luz del sol le hirió en los ojos, mas sin impedirle apreciar cuatro enormes discos opacos y brillantes posados en tierra a menos de cincuenta metros del cuerpo principal de la granja. Al levantar la vista, sufrió otro sobresalto. Cuatro aeronaves más, éstas de forma ahusada, permanecían estacionadas a distintas alturas, completamente inmóviles en el aire, en clara contraposición a la fuerza de la gravedad. Los platillos tenían unos ocho metros de diámetro aproximadamente y no se advertía ninguna abertura en su pulida superficie. Pero, de súbito, se corrió un lienzo en la pared lateral de cada uno de los platillos y aquel lienzo se tendió hacia tierra formando una rampa.

Feodor, con los nervios en tensión y sintiendo en su pecho los

latidos desenfrenados de su corazón, aguardó.

Una fantástica criatura de la que el sol arrancaba cegadores reflejos azules surgió del interior del platillo volante más cercano a la casa. Dominado por un terror infinito que le mantenía clavado en el porche, Feodor comprendió que se hallaba frente a un ser interplanetario, tema de palpitante actualidad en la prensa de todo el mundo.

Aquella criatura tenía aproximadamente su misma estatura, pero su cuerpo estaba formado de escamas y su cabeza era prodigiosa por lo grande. Detrás de este primer extraño ser aparecieron varios otros, mucho más altos, algo encorvados, empuñando armas que parecían de vidrio semejantes a fusiles. Se encaminaron todos hacia él, avanzando en primer término el de menor estatura.

Aunque todos empuñaban armas, su actitud no era amenazadora. Sin embargo, Feodor levantó su rifle, apuntándoles. No por esto detuvieron su avance los seres azules.

Al estar más cerca, vio con asombro que lo que le parecieron escamas era un traje de malla, y la cabeza extraordinaria una escafandra transparente. Más animado, Gurevich gritó:

—¡Alto! ¡Ni un paso más o disparo!

Los individuos de mayor estatura se detuvieron. El que descendiera primero del platillo más cercano se aproximó hasta colocarse a unos tres metros del porche. Era el único que aparecía desarmado.

—¿Quién eres tú? ¿Qué buscáis en esta granja? —preguntó Gurevich asombrándose de su propio valor.

Aquel extraño ser se llevó las manos a la escafandra y se la quitó tranquilamente.

—¡Viento del Norte! —exclamó Feodor bajando su rifle.

Estaba asombrado. Esperaba encontrarse ante un hombre de horrible aspecto, y veía un semblante algo pálido, recubierto de una larga barba de pelo castaño y unos ojos brillantes y muy vivo. Era un hombre todavía joven, pero la expresión de su rostro era despiadada, algo bestial.

—¿No me conoces, Feodor?

Había hablado en ruso. Se trataba, pues, de un terrestre y que le conocía además. Se fijó bien en sus rasgos físicos. Recordaba haber visto aquella cara con anterioridad, pero de esto debía hacer mucho tiempo.

—No recuerdo quién eres —contestó—. Pero me parece haberte visto antes de ahora.

—¡Ya lo creo que sí! ¿No te acuerdas de Dimitri Kazan?

—¡Kazan!

Una lividez cadavérica cubrió las mejillas del ruso. Levantó de nuevo el rifle.

—Una vez te arrojé de mis tierras —dijo entre dientes—. No parece que hayas cambiado mucho desde entonces. Es más, en aquella ocasión todavía tenías un aspecto inocente con el que engañabas a tus semejantes. Hoy ni siquiera eso te queda. Estás muy desmejorado. Hay algo brutal en tu semblante.

—No te extrañe. He permanecido más de siete años en un campo de concentración. Días atrás era una ruina de hombre. Ahora soy otro muy distinto, pues tengo amigos poderosos. Me alegra ver que no te has olvidado de mí, Feodor, porque yo siempre te he tenido presente. ¿Recuerdas lo que dije cuando me arrojaste de estas tierras?

—No me importa lo que dijiste. Entonces te expulsé porque lo merecías. Hoy lo volvería a hacer si…

—… ello te fuera posible, ¿verdad? —Kazan soltó una carcajada —. No, Feodor. Ayer eras tú quien poseía la fuerza. Hoy… ya ves. No soy aquel pobre idealista.

—¡Lárgate de mis propiedades antes de que mi dedo se canse de acariciar el gatillo!

Kazan volvió a reír, más fuerte esta vez. Avanzó unos pasos y, tranquilamente, cogió el cañón del rifle y lo apartó a un lado.

—No eres el de antes, Feodor —escupió—. La buena vida te ha reblandecido. Es una verdadera lástima. Supongo que sabrás a qué he venido. Encabezabas la lista, y por esto te he reservado para el final. Mira, ¿ves esos hombres? Son tacomis, seres de un planeta muy lejano. Han venido a la Tierra procedentes de otra galaxia. Necesitan víveres. En tu granja hay de todo. El contenido de tus almacenes pasará a bordo de las aeronaves. Quedarás arruinado y seré yo el causante de tu ruina. Luego el Estado te pedirá cuentas, te juzgará. No valdrán excusas. Lo sé perfectamente. Claro está, suponiendo que sigas con vida cuando…

—¡No lo consentiré! ¡Te mataré…!

Kazan alargó el brazo y de un tirón arrebató el rifle de manos de Gurevich. Luego se volvió hacia los tacomis y gritó unas palabras en lengua gutural.

Los tacomis, hasta entonces inmóviles, adquirieron, de pronto, una gran actividad. Descendieron de los platillos algunos robots, hombres mecánicos que obedecían las órdenes de sus amos como si fueran seres vivientes. Feodor retrocedió espantado cuando uno de aquellos monstruos se le acercó. Kazan rió divertido.

—No temas —se burló—. Ése no viene a por ti. Se dirige en busca de una persona que se halla oculta en la casa. Ha recibido órdenes, como los otros robots, de apresar a cuantas personas se encuentren en los alrededores de la granja. Tienen una habilidad especial para *olfatear* a los terrestres.

—¡Tania! —gimió aterrado Gurevich.

La joven apareció en el porche. Con movimientos velocísimos, el robot se arrojó sobre ella y antes de que pudiera retroceder, el hombre mecánico la atenazó entre sus férreos brazos inmovilizándola. Luego, mientras la joven prorrumpía en gritos de espanto y forcejeaba por escapar de la terrible presa, el robot, calmosamente, se dirigió con su tenue carga hacia el platillo más cercano.

Kazan gruñó una orden en voz gutural. El robot se detuvo.

Dimitri, admirado, contempló las suaves líneas de la joven. Era esbelta y muy hermosa. Su cabellera trigueña se desparramaba en abundante cascada sobre sus hombros, que a través de los desgarrones del vestido aparecían mórbidos y atezados.

Gruñendo sorprendido, Kazan dijo algo en aquella lengua extraña, y el robot dejó en el suelo a la muchacha -no tendría más de veinte años- que corrió presurosa a los brazos de su padre estallando en sollozos histéricos y convulsivos.

—¿Es tu hija, Feodor? —preguntó Dimitri—. ¿Aquella mocosa que jugaba conmigo y me daba todos los días parte de su merienda? ¡La pequeña Tania!

—Sí; es mi hija. Haz de mí lo que quieras, pero a ella no la toques, porque te mataría.

Kazan se acarició la barba. Luego, de pronto, ordenó:

—Entrad en la casa. Ya hablaremos después. Y no intentéis escapar porque estará este hombre robot vigilando.

Feodor, pasando su brazo en torno a los hombros de su hija, que se había serenado un tanto al oír las palabras de Kazan, obedeció mansamente, entrando en el edificio.

Padre e hija se acomodaron en el saloncito donde sorprendiera a Feodor la brusca aparición de los platillos volantes. Fuera se escucharon gritos de terror. El granjero no quiso asomarse, sabiendo que aquellos gritos eran proferidos por sus sirvientes y trabajadores perseguidos como alimañas por los terribles hombres robots.

Instantes después, el griterío cesó por completo. Tania, calmada completamente, empezó a formular preguntas a su padre, el cual le explicó lo que sabía de aquellos hombres, es decir, lo que le había dicho Dimitri Kazan.

—Ha realizado un largo viaje para vengarse —manifestó luego —. ¿Te acuerdas de cuando lo expulsé de nuestras tierras?

Tania asintió.

—No debiste hacerlo, padre. Me dio mucha lástima. Yo lo quería. Era como un hermano mayor para mí. Tenía yo entonces ocho o nueve años, pero me acuerdo como si fuese ahora.

—Le di su merecido —replicó Feodor—. Kazan era muy orgulloso y vivía dominado por una sola pasión: la de mandar y ser poderoso. No quiso aceptar nunca el trabajo que le ofrecí. Metía cizaña entre los trabajadores e interrumpía el trabajo de los hombres con discursos fantásticos y revolucionarios. Aún me porté demasiado benévolamente con él. Debí haberle denunciado a las autoridades. Ahora pagaré cara mi debilidad. No, Tania, Kazan nunca fue bueno. Tú eras muy pequeña para poder percatarte de estas cosas.

Pasaron, lentas y fatídicas, las horas de la tarde. Nadie entró en la casa. Dos o tres veces que se asomaron a la ventana vieron a los robots transportando pesados fardos de víveres a los platillos. Feodor se extrañaba de que las fuerzas aéreas rusas, avisadas por los habitantes de las cercanías, no se presentaran a interrumpir el saqueo de sus almacenes. Cuando la noche empezaba a tender sus negros cendales sobre la Tierra, apareció Dimitri Kazan en el saloncito seguido de cerca por uno de aquellos tremendos robots.

—Hemos concluido nuestra misión —dijo—. Vamos a partir inmediatamente.

—¿Qué piensas hacer de mí? —inquirió Feodor sintiendo un extraño cosquilleo por la espalda y un sudor frío en la frente al observar el terrible aspecto del hombre mecánico, dotado de un perfeccionadísimo cerebro electrónico y obediente a la voz de sus amos.

—Durante años fomenté en mi mente la idea de venganza —contestó inexpresivo Kazan—. Nunca te perdonaré lo que hiciste aquel día conmigo. A la primera ocasión, he venido a cobrarme lo que me debías y a cumplir mi palabra. Pero cuando te vi en el porche, solo e indefenso, cambié de pensamiento. No te mataría, pero haría algo peor. Te arruinaría para siempre saqueando los almacenes y quemando después la granja y todas tus propiedades. Luego, al aparecer Tania, recordando que fue la única persona que se portó bien conmigo, mis propósitos de venganza se esfumaron. He pensado mucho y he llegado a una decisión. Entrégame tu hija a cambio de tu vida y de tus propiedades. No te horrorices. Tania merecerá siempre mi mayor respeto. Tengo en perspectiva un viaje

larguísimo en el que necesitaré una compañera. Te juro que sabré velar por ella; la aprecio, tendrá todo lo que desee y yo pueda proporcionarle. Si pasado el tiempo me acepta como marido, me casaré con ella. ¿Qué respondes?

—Jamás te entregaré mi hija, ¿me oyes? ¡Jamás!

El rostro de Kazan se puso como la púrpura. Se clavó las uñas de los dedos en la palma de las manos y se mordió los labios hasta hacerse sangrar consiguiendo así dominar su cólera.

—No pienso escuchar tus palabras, Feodor. En este caso no cuentas para mí. Que Tania decida.

La joven entrelazó nerviosamente sus manos. Miró angustiada a su padre. Luego su mirada se posó en el robot. Sufrió un estremecimiento de terror. Desvió la vista. Sabía que la vida de su padre estaba pendiente de un hilo. En realidad, de lo que ella decidiera. Si se negaba a las pretensiones de Dimitri, éste lanzaría el robot sobre su padre y luego se la llevaría a ella por la fuerza. No le quedaba otro remedio que, aun en contra de la voluntad de su padre, acompañar por las buenas a Kazan. Tal vez no volviera a ver a Feodor, ni a su hermano, ni las tierras en las que había nacido. Ignoraba lo que el destino le podía deparar. Por de pronto, Kazan la apreciaba… Sintió que sus ojos se humedecían. Se encaró con su padre y dijo, con un nudo en la garganta:

—Voy con él, padre. Es mejor así. No te quedas solo. Iván cuidará de ti.

—No, Tania —gritó Feodor—. ¡No puedo consentir que te sacrifiques por mí!

La joven se abrazó a su padre, quien echaba fuego por los ojos.

—Tu hija ha decidido, Feodor —dijo Kazan—. Vamos, Tania. Se hace tarde.

La muchacha se separó valientemente de su padre y se dirigió hacia la puerta.

—¡Tania! —llamó Feodor. Luego, en vista de que su hija no se detenía, se arrojó sobre Kazan, chillando

—¡No te la llevarás, maldito! ¡Antes te mataré!

Kazan dio una voz gutural y el robot, saliendo de su inmovilidad, cayó de un salto sobre el granjero aprisionándolo con sus brazos. Tania se volvió y chilló aterrorizada, pero Dimitri le cogió del codo diciendo:

—No le hará ningún daño, Tania. No te preocupes. Cuando estés a bordo, le soltará. Vamos.

La joven, angustiada, se dejó conducir por Dimitri. En el estado en que se encontraba le fue imposible percatarse de sus propios

movimientos. No se dio cuenta de que estaba en el interior de uno de aquellos fantásticos platillos volantes, hasta que vio subir por la rampa al robot. Notó como una suave vibración. Las paredes de la aeronave se tornaron transparentes y vio, en el porche de la granja, a su padre, agitando desesperadamente los brazos. Luego, aquella escena se alejó rápidamente de su campo visual y, segundos después, sólo vio oscuridad y estrellas por todas partes.

Tania, roto ya su valor, abatió la cabeza hundiéndola entre sus brazos y lloró desconsoladamente.

Dimitri Kazan la miró enternecido, sintiendo por primera vez en muchos años un poco de compasión por una persona. Tímidamente, alargó su mano y la posó sobre la cabeza de la muchacha.

—No llores, Tania —pidió—. Nadie te hará daño.

Levantó ella bruscamente la cabeza.

—¡No me toques! —chilló—. ¡Te odio! ¡Te odio!

Kazan se apartó como si le hubiera picado una víbora. Permaneció un momento estupefacto sin acertar a moverse ni a decir nada y luego, lentamente, giró sobre sus talones y subió al piso superior de la nave. Todos sus planes se estaban desarrollando conforme los proyectara. Se había vengado del comisario que lo condenó enviándolo a Sibiriakof. Lo había matado sirviéndose de un arma secreta tacomis. Logró de los tacomis que destruyeran algunas industrias y edificios e incendiaran varios almacenes. Los platillos iban atiborrados de víveres. Había sido una buena labor de saqueo. Los rusos buscarían a los tacomis y los encontrarían en Georgia, hacia donde se dirigían ellos ahora a unirse a las aeronaves de Yandot. Cuando fuesen atacados por las escuadrillas aéreas rusas, los tacomis se revolverían furiosos y serían muchos los hombres que morirían, muchos de aquellos que años atrás se burlaron de él confinándole en la isla del frío y de la muerte que era Sibiriakof.

Le preocupaba Tania. Tan sólo en lo que se refería a Feodor Gurevich había mudado sus planes. ¿Habría hecho bien encadenando a la muchacha a su suerte? ¿Y por qué no? ¡Qué diablos! Tania atravesaba el natural momento de desesperación al sentirse de pronto separada de su padre. Ya se le pasaría y tendría que amoldarse a la fuerza a su nuevo destino.

Exhalando un suspiro contenido, Dimitri Kazan se dejó caer en el sillón, situado junto al del piloto.

CAPÍTULO III

FURIA ATÓMICA

El traje de kass de los tacomis no sólo resguardaba al que lo vestía de las radiaciones atómicas y de los efectos de los rayos paralizadores y gases anestésicos, sino también de las balas, amortiguando extraordinariamente su pesado impacto.

Derek Bedford había sido alcanzado en el pecho y en la escafandra por una ráfaga de ametralladora. Cayó a tierra cuan largo era, pero debido no a las balas sino a consecuencia de haber tropezado contra una piedra que no había visto en su precipitada carrera.

Al tiempo que se incorporaba percibió las exclamaciones de victoria de sus compatriotas y el quejumbroso aullido de la alarma tacomis. Echó a correr de nuevo y, por segunda vez, las balas volvieron a silbar por todas partes. ¡Estúpidos! ¿Es que no comprendían que intentaba unirse a ellos? Le veían vestido de un modo extraño y este solo hecho bastaba para que le disparasen.

Repentinamente un destructor se dejó caer del cielo delante de él. Ofrecía un espectáculo impresionante en medio de la noche estallando sobre su coraza toda clase de proyectiles. El ruido de las explosiones era ensordecedor y sus resplandores iluminaban el cielo nocturno de una manera prodigiosa.

Se confundían los rastros rojizos de los proyectiles trazadores con los haces blancos y amarillentos de los reflectores y los fogonazos anaranjados y carmesí de las explosiones. Las granadas rebotaban contra la coraza de kass o estallaban a distancia por efecto del campo magnético creado por el destructor.

El aerocohete ahusado se posó en tierra cortando el camino que seguía Derek. Se abrió una compuerta del costado y la consabida rampa se deslizó hasta tocar el suelo. Tres enormes robots descendieron por ella.

Durante un par de segundos se quedaron quietos, oscilando sus cabezotas metálicas a un lado y otro. Sus ojos de radar *vieron* a Derek Bedford y se lanzaron de repente contra él dando saltos escalofriantes y rapidísimos.

El capitán se consideró perdido. No podía huir, pues aquellos hombres mecánicos le alcanzarían enseguida. Estaba irremisiblemente perdido, sí, pero el deseo de vivir le hizo esperar a pie firme la acometida de los monstruos.

El primer robot dio un salto tremendo llevando por delante sus brazos armados de fuertes pinzas que por sí solas podían desmenuzar a un hombre. Derek, ágilmente, se ladeó esquivando en el último instante la acometida del monstruo. Éste arrancó chispas del suelo al frenar violentamente según las indicaciones que recibía de su cerebro electrónico y se revolvió con extraordinaria precisión al tiempo que el segundo robot atacaba.

El capitán se agachó y saltó hacia adelante. Apenas sus pies tocaron en tierra, describió una vuelta sobre sí mismo y cargó por la espalda contra el tercer robot. El choque fue espantoso. El monstruo ni se percató de la acometida en tanto que Derek salía rebotado aparatosamente y antes de que pudiera sobreponerse los tres robots convergieron sobre él. Uno le asió con sus temibles pinzas de una pierna. El otro le rodeó la escafandra con sus poderosos tentáculos de hierro. El último le sujetó por la cintura, sintiendo el americano su terrible presión.

Derek gritó rabioso, aterrorizado, lleno de dolor. Movió los brazos frenéticamente. La presión en su pierna y en su cintura disminuyó. Se sintió trasportado, llevado como un muñeco de paja, subido por la rampa, metido en el destructor, echado al suelo como un fardo.

Cuando la facultad de razonar volvió a su cerebro, se estremeció involuntariamente de horror. Apoyándose en los codos se incorporó. Respiraba con dificultad y el sudor le cubría todos los poros de su piel.

Un tacomis, de faz arrugadísima, le contemplaba con sus ojos negros dotados de maravillosa vida. Los tres robots permanecían a un lado del camarote como si fueran armaduras de hierro antiguas, inmóviles, silenciosos, sin la luz que adornaba su ojo mágico cuando se ponían en movimiento.

El tacomis le hizo señas de que se quitara la escafandra. Derek obedeció y el hombre rojo, recogiendo el armatoste, salió de la cámara dejando encerrado al americano en compañía de sus siniestros aprehensores.

Derek se tumbó en la litera que había adosada a una de las paredes y no tardó en dormirse, rendido como estaba. Su sueño, empero, fue una terrible pesadilla en la que tomaron parte principal los monstruos de kass. Cuando despertó estaba todo cubierto de sudor, y lo primero que sus ojos vieron fue la extraña luz azulada que penetraba a través de las paredes del destructor. Luego su mirada se posó sobre los impasibles robots y otro estremecimiento sacudió sus nervios al recordar lo cerca que estuvo de la muerte la

noche anterior.

Era de día, sí. Lo podía apreciar a través de las paredes transparentes de kass. Bajo sus pies, como si se encontrara suspendido milagrosamente en el aire, distinguió las construcciones de Oak Ridge. Más lejos divisó centenares de soldados americanos moviéndose tras sus posiciones construidas precipitadamente. En el cielo seguían danzando los reactores Convair, pero se encontraban a respetable distancia y era poco probable que se decidieran a lanzar un ataque contra los invulnerables destructores.

Sin embargo, cosa de dos horas después, no tenía precisión del tiempo transcurrido puesto que uno de los robots le había destrozado el reloj, los reactores ascendieron por encima de las aeronaves tacomis y se dejaron caer en picado sobre éstas.

Derek hubiera querido gritarles que se abstuvieran de hacer tamaña locura. Pero los pilotos americanos no podían oírle... ni verle. Quiso cerrar los ojos para no asistir al desastre al que iban abocados. Pero no pudo. Algo más fuerte que su voluntad le obligaba a mantener la vista clavada en las formaciones yanquis.

De pronto un aluvión de pequeños torpedos surgió de los destructores al tiempo que los cazas disparaban sus proyectiles radiodirigidos, que estallaban por proximidad al blanco.

Los torpedos tacomis, apenas salieron de sus tubos, fueron guiados hacia los aviones enemigos por sus propios cerebros electrónicos. Los cazas empezaron a desintegrarse en medio de cegadoras llamaradas. El cielo se vio surcado por colas flamígeras, que eran otros tantos aviones destruidos cayendo en barrena o reventados en mil fragmentos. La lluvia de metales incandescentes se abatió sobre los terrenos circundantes a Oak Ridge. Los proyectiles dirigidos yanquis hicieron explosión a más de cincuenta metros de los destructores, que se mantuvieron indemnes.

Derek se derrumbó sobre su camastro. El combate había durado apenas dos minutos, y si un solo reactor logró escapar. Después de aquello, ¿qué pensarían los soldados parapetados alrededor de Oak Ridge?

Varias horas después, la puerta de la cámara se corrió silenciosamente y apareció el tacomis que le pidiera la escafandra haciéndole una seña para que le siguiese. Salió a un corredor por el que tan sólo podía pasar un hombre, que desembocaba en la cámara de control. Allí le indicaron un sillón y le entregaron unos comprimidos de distintos tamaños que Derek tomó sabiendo que se trataba de la primera comida del día.

Los comprimidos tenían un gusto agradable y contenían tantas o

más calorías que una buena comida terrestre. Derek los despachó en un minuto escaso.

La pantalla de televisión estaba iluminada y se veía el interior de una esfera volante. Derek distinguió, con una claridad perfecta y en una gama de colores maravillosos, las figuras del profesor Hoppel y de Müller junto a la corpulenta de Zanu. El padre de Lanca, su mujer, se acercó a la pantalla.

—Hola, Derek —saludó—. Otra vez que intentes la fuga asegúrate que tienes todos los triunfos en las manos. Si no hubiera intervenido cerca de Zanu, te hubieran matado. ¿Te encuentras bien, muchacho?

—Bien. Ya ve —contestó Derek colocándose enfrente de la pantalla—. ¿Qué se proponen hacer los tacomis?

—Su trabajo ha concluido en Oak Ridge. Vamos a partir inmediatamente. Zanu dice que regresamos al *Kipsedón*. Ninguno de nosotros volverá a la Tierra, Derek. Los tacomis se han apoderado, como ya sabes, de la mayor parte de los trabajadores de estas plantas. Considero que es un acto reprobable, pues muchos de éstos tienen familia, mujer e hijos. He intentado que Zanu comprendiese, pero me ha contestado que el destino de millones de tacomis depende de que el *Kipsedón* logre regresar a Tacom, y no lo podría hacer si no fuese con la ayuda de los terrestres. Hasta luego, Derek.

La imagen del profesor fue sustituida por la de Zanu, el cual pronunció unas cuantas palabras guturales.

Al momento, las aeronaves se elevaron a increíble velocidad, desapareciendo en breves segundos y en la lejanía, las plantas atómicas.

Las aeronaves tacomis no precisaban desarrollar la terrible fuerza de impulsión necesaria para contrarrestar la gravedad terrestre, ya que los hombres rojos habían descubierto el modo de vencer la fuerza gravitatoria de los astros y de los objetos pesados.

La flota de Zanu ascendía a una velocidad prodigiosa. Siete mil… ocho mil… diez mil… quince mil… treinta mil… kilómetros por hora en el breve transcurso de pocos minutos…

Fuera ya del campo gravitatorio terrestre, las aeronaves entraron en la órbita descrita por el *Kipsedón* en su viaje alrededor de la Tierra. La gigantesca astronave se movía a velocidades prodigiosas por el espacio. El aterrizaje en ella hubiera revestido para otros seres que no fueran los tacomis dificultades insuperables, pero éstos lo tenían resuelto desde el momento que lograron penetrar en los secretos de la inercia.

Al aproximarse el *Kipsedón* las naves tacomis, moviéndose

suavemente penetraron en sus hangares, en cuyo momento Derek Bedford se preguntó si la flota de Yandot habría arribado ya al *Kipsedón* antes que ellos.

* * *

Una hora después de separarse de Kazan, se hallaba Yandot con el grueso de sus aeronaves sobre las fábricas subterráneas construidas por la U.R.S.S. en el río Sanga, al norte de Erivan, capital de Armenia, para la producción de derivados atómicos de uranio.

Los trabajos de construcción de dichas fábricas implicaron la excavación de doce enormes cavernas en las laderas de las montañas, entre 22 y 60 kilómetros al norte de Erivan y cerca de las villas de Kanakiri, Akhti, Gimush y Sanchigay. Además, había sido necesario demoler con dinamita y remover, aproximadamente, un millón de metros cúbicos de roca viva de la margen oriental del Sanga.

La mayor parte del uranio extraído de Sajonia y de la región de Jachymov (Checoslovaquia) era enviado a este centro de producción y experimental. Depósitos de uranio habían sido descubiertos en Osetia, al norte de Tiflis y al noroeste de Georgia, relativamente próximos a las fábricas atómicas del río Sanga.

Los rayos paralizadores fueron empleados contra los soldados que vigilaban el acceso a las cavernas, pero carecían de eficacia contra los que se encontraban bajo tierra. Tuvo, pues, que emplearse la fuerza.

Las esferas, en número de tres, y los platillos volantes, cinco en total, descendieron suavemente posándose en la misma entrada de las fábricas, mientras en el aire quedaban ocho destructores protegiendo la operación. Un diluvio de plomo de ametralladora saludó la presencia de los aparatos tacomis, uniéndosele al instante el fuego combinado de varios cañones antitanques, cuyos proyectiles rebotaban en las esferas y en los platillos como si fueran de goma.

Yandot ordenó emplear los proyectores ígneos de rayos cósmicos. Chorros invisibles partieron hacia su destino, concentrándose en las casamatas de cemento y en los nidos de ametralladora que defendían las entradas de los subterráneos y haciendo estallar con terrible estruendo los depósitos de municiones y las mismas granadas a punto de ser metidas en las recámaras de los cañones.

Una vez el campo libre, Yandot ordenó desembarcar. Medio

centenar de tacomis recubiertos con sus trajes especiales de kass y amianto bajaron por las rampas llevando pegados a sus talones otros tantos robots mecánicos, armados todos de fusiles eléctricos.

Desde una casamata camuflada en la ladera de la montaña disparó un cañón de grueso calibre, estallando la granada en medio del grupo. Los cuerpos de los tacomis y de los robots fueron lanzados en todas direcciones. Casi todos volvieron a levantarse, pero tres tacomis y dos robots quedaron destrozados en tierra.

El hombre rojo gritó una orden por su transmisor de boca. Inmediatamente, antes de que el cañón volviera a disparar, un proyector de rayos cósmicos enfocó la casamata abrasando a todos sus ocupantes y haciendo estallar los proyectiles. La casamata se desintegró en cien mil pedazos.

Los tacomis penetraron en las fábricas subterráneas. Desde todos los recodos disparaban con ametralladoras y fusiles automáticos, pero los seres interplanetarios avanzaron impertérritos bajo aquella espesa granizada de balas, disparando sus fusiles eléctricos y llenando los túneles de chispazos azules y de olor a carnes quemadas. En las salas de los isótopos radioactivos lanzaron granadas y cápsulas de gas anestésico, eliminando prontamente la furiosa resistencia. Y una hora después de haber hecho su aparición sobre el río Sanga, las fábricas estaban en poder de los tacomis sin más bajas que las sufridas ante la entrada de las cavernas.

El húngaro y Mihaly, el polaco, participaron en la matanza de soldados rusos. Todavía estaba latente su odio a los moscovitas que les habían tenido durante años en campos de concentración.

Yandot había visto y sentido de cerca la crueldad rusa y no le importaba emplear sus poderosas armas contra ellos. Presentía que no tardarían en ser atacados, pero esto a él no le importaba particularmente.

Los tacomis, ayudados por los robots, trabajaron aprisa para cargar de combustible atómico las esferas, combustible que fabricaban empleando para ello aparatos especiales desembarcados de las aeronaves, aparte, claro está, de los que contaban las mismas fábricas.

Durante un día entero no fueron molestados. Tan sólo algunos aviones de reconocimiento se acercaron a explorar, manteniéndose, no obstante, a prudente distancia de los destructores, inmóviles en el cielo.

Pero el segundo día por la mañana, hicieron su aparición densas formaciones de cazas y bombarderos soviéticos al tiempo que toda la región del río Sanga se veía invadida por una división

mecanizada que se dirigía hacia las fábricas subterráneas.

Yandot subió a la esfera almirante seguido de los dos terrestres que no querían aguantar el chaparrón que se avecinaba en tierra.

Dos esferas y tres platillos volantes se remontaron para unirse a los ocho destructores en su combate contra los aviones rusos.

Los reactores soviéticos picaron sobre los destructores, los cuales simultáneamente adquirieron una velocidad prodigiosa, entablándose una lucha enconada. Mientras los cohetes, los proyectiles radiodirigidos y las balas moscovitas rebotaban contra la coraza de las naves tacomis o estallaban antes de llegar a su blanco, los cañones atómicos, los rayos eléctricos y los proyectores ígneos dirigidos por cerebros electrónicos que no fallaban un disparo, entraron en funciones.

En breve, el cielo se pobló de negras estelas que eran otros tantos aviones derribados. Las formaciones de caza rusas eran sistemáticamente destruidas sin que por su parte pudieran hacer nada para evitarlo.

Los gigantescos TuG-75 descargaron toneladas de bombas que cayeron como racimos sobre la esfera y platillos volantes posados en tierra. Los destructores ascendieron rapidísimamente lanzando nubes de torpedos. Los pesados bombarderos quedaban reducidos a palmeras resplandecientes de metales derretidos.

Yandot gobernó su esfera, que se lanzó como una tromba contra un TuG-75. No llegaron a chocar. El cerebro electrónico conectado con uno de los proyectores ígneos había detectado al bombardero, apuntado su proyector y hecho fuego. El avión ruso se incendió en el aire como si fuera de resina.

El suelo retemblaba con las explosiones de las bombas y de los aviones que chocaban incendiados y destruidos. Por fin, los supervivientes de aquel desastroso ataque huyeron hacia el Norte, perseguidos por los destructores hasta que Yandot dio orden de cesar la persecución.

Los cañones de todos los calibres de la división mecanizada habían abierto fuego contra las márgenes orientales del río Sanga. Las esferas volantes y los platillos los atacaron con extraordinario ímpetu y terrible eficacia, lanzando pequeñas bombas atómicas.

En menos de diez minutos, de todos los accesos a las fábricas atómicas subterráneas se elevaban imponentes bolas de fuego. Se produjeron radiaciones de calor haciendo que el aire circundante se tornara incandescente. Las bolas de fuego, centros de las explosiones atómicas conteniendo los productos vaporizados de la desintegración, se elevaban rápidamente a la estratosfera formando

la característica nube en forma de seta de extraordinaria radiactividad.

Desde la esfera de Yandot, el húngaro y Mihaly presenciaron entusiasmados el aniquilamiento de la división mecanizada soviética. Los árboles ardían, las casas habían desaparecido y todo el terreno a sus pies parecía arder.

Las bombas alcanzaron de lleno a la esfera posada en tierra sin que hiciesen mella en su coraza.

Después de aquel fracaso, no cabía duda de que los rusos harían todo lo posible para expulsar a los tacomis de sus fábricas, aunque para ello tuviesen que arrojar bombas atómicas.

Al día siguiente por la noche se marcó la aproximación de las aeronaves que Kazan se comprometiera a guiar a los centros industriales y agrícolas más importantes del país. La Luna estaba en cuarto menguante, pero las estrellas brillaban con todo su esplendor en la negra bóveda celeste. Los tacomis cargaban en las esferas y en los platillos el combustible atómico almacenado por los rusos en las fábricas y el fabricado por los hombres rojos durante aquellos tres días. Se divisaron unos tenues rastros azules en el horizonte apareciendo, casi enseguida, las aeronaves de Kazan. Los cuatro destructores se unieron a los que formaban el techo de protección en el aire mientras los cuatro platillos se posaban junto a las esferas volantes.

Kazan dio a Yandot cuenta detallada de su expedición, presentándole acto seguido a Tania Gurevich, la cual se encontraba como sumida en una especie de postración.

El hombre rojo no dio a entender, según su costumbre, si la presencia de la joven le molestaba o si aprobaba la conducta de Kazan. El húngaro estrechó la mano de su camarada, mientras Mihaly no apartaba su vista de la bella muchacha.

—¿Cómo te ha ido, Dimitri? —inquirió Foldvar.

—Perfectamente, húngaro —contestó sonriendo Kazan—. Todos aquellos que tomaron parte en mi detención han pasado a mejor vida.

—¿Y esa muchacha?

—Es la hija de un viejo enemigo mío. Pero la aprecio. Tiene un corazón de oro. No se parece a nosotros. A propósito, Yandot. He observado gran movimiento en los aeródromos rusos. No me extrañaría nada que de un momento a otro fuéramos objeto de una visita.

Los destructores detectaron innumerables ecos en sus pantallas de radar. Yandot recibió el oportuno aviso.

—Yo emprendería el vuelo antes de que esos aviones se aproximaran más —insinuó Kazan.

—¿Qué temes? —preguntó el hombre rojo.

—Temo que nos obsequien con unas cuantas bombas atómicas...

—Podemos destruirlos antes de que lleguen hasta aquí —declaró Yandot.

—Pero ¿podrás destruir también las bombas atómicas volantes y los proyectiles atómicos disparados desde tierra?

—Quizás. Pero estoy de acuerdo contigo. Es mejor no exponerse. Una explosión en este centro donde hay almacenadas algunas bombas atómicas podría tener funestas consecuencias para nosotros. Daré orden de que carguen las bombas en las esferas y en los platillos. Hemos terminado de todos modos nuestra labor y me urge regresar al *Kipsedón* adonde ya ha llegado mi hermano Zanu con su flota.

Yandot transmitió las órdenes necesarias para evacuar los subterráneos. Los destructores, estacionados sobre el río Sanga, se desperdigaron lanzando sus torpedos contra los aviones detectados a cien millas de distancia.

En el espacio sideral estos torpedos eran infalibles, ya que no encontraban ningún obstáculo que los pudiera desviar de su ruta. Pero rozando la capa terrestre cualquier avioneta que se cruzara en su camino les atraería irremisiblemente. Y los rusos lo sabían. Un buen número de cazas dirigidos por radio rodeaba a los gigantescos bombarderos para protegerlos de los torpedos tacomis.

Por las pantallas de televisión y de radar los tacomis seguían el curso de sus torpedos que en cuestión de segundos se presentaron ante las formaciones moscovitas. Empezaron a estallar contra los aviones de cobertura. Los tacomis se percataron de la treta enemiga y se lanzaron con sus destructores al encuentro de los bombarderos, momento que fue aprovechado por los soviets para lanzar sus bombas volantes y sus proyectiles atómicos contra las esferas y platillos a punto de despegar del río Sanga.

Yandot, Kazan, el húngaro y el polaco ya estaban a bordo de la esfera almirante, donde también había sido conducida Tania Gurevich que lo miraba todo con pasmo, aturdida, un tanto asustada, sin comprender nada de lo que pasaba.

El hombre rojo accionó el mecanismo de despegue, mientras los cerebros electrónicos daban cuenta de la proximidad de los proyectiles y bombas volantes enemigos. Fue cuestión de segundos. Los cerebros electrónicos se pusieron a manejar los proyectores ígneos, los cañones atómicos y los lanzarrayos eléctricos. A menos

de una milla empezaron a estallar los artefactos atómicos. Un proyectil logró atravesar la barrera tacomis y estalló sobre las mismas fábricas subterráneas. La explosión arrojó a la esfera de Yandot hacia arriba. Casi todas las aeronaves tacomis estaban ya en el aire y no sufrieron nada, pero quedaban dos platillos en tierra, uno de ellos cargando todavía las últimas bombas atómicas.

Una, dos, tres inmensas bolas de fuego se elevaron del mismo lugar donde se encontraba el platillo volante con sus compuertas abiertas todavía. Yandot permaneció impasible contemplando la catástrofe, pero los terrestres, incluyendo a Kazan, soltaron exclamaciones de horror.

Grandiosas, gigantescas columnas de humo radiactivo ascendían de las fábricas: todo ardía, incluso la tierra. Todo aparecía pulverizado, incendiado, requemado, destruido. A través de las nubes radiactivas surgió el otro platillo que se encontraba en tierra al producirse las explosiones. Volaba majestuosamente sin haber sufrido ningún daño su coraza de kass, invulnerable a los proyectiles atómicos terrestres de poca potencia.

Pero el platillo alcanzado de lleno y con las compuertas abiertas era un montón informe de chatarra incandescente.

Yandot lanzó una bomba atómica sobre sus restos para acabar de destruirlos completamente y evitar que los rusos pudieran extraer enseñanzas de ellos. Instantes después los destructores se unían a la formación que se elevó hacia el espacio dejando tras sí fugaces estelas azules y lo que había sido el río Sanga convertido en un volcán radiactivo.

Aunque Yandot no atacó como represalia ninguna ciudad moscovita, Kazan se sintió satisfecho. Por fin se consideraba en paz con los rusos ya que habían recibido lo suyo, una lección que tardarían muchos años en olvidar. Sonrió. Su sonrisa se hizo más amplia al tropezarse con la mirada de Tania Gurevich.

Las aeronaves tacomis seguían ascendiendo a velocidad prodigiosa hacia la órbita del *Kipsedón*.

CAPÍTULO IV

¡CATÁSTROFE!

La destrucción de las fábricas subterráneas rusas, el aniquilamiento de centenares de aparatos ruso-americanos, la muerte de miles de hombres y el rapto de famosos físicos nucleares de las plantas atómicas de Oak Ridge, constituyeron un golpe de aviso y sumieron al mundo entero en una fiebre de preparativos bélicos dirigidos a formar un frente unido, integrado por todas las naciones del planeta que por primera vez en la historia olvidaron sus rencillas particulares, y a diseñar y construir aparatos que pudieran batirse, si no en condicionas de igualdad, sí menos desventajosamente con las aeronaves tacomis.

Los observatorios terrestres anunciaron una grata nueva. El pequeño satélite que giraba alrededor de la Tierra había desaparecido del campo visual de los grandes telescopios. ¿Qué podía significar esto?

Miles de respuestas diferentes se dieron a esta pregunta, pero ninguna se acercó a la verdad de los hechos.

El *Kipsedón*, recogidas en su seno las aeronaves de Zanu y Yandot, había emprendido el viaje de regreso a Tacom, pero una circunstancia imprevista hizo que variara su rumbo para ir a posarse suavemente en el interior de un gigantesco cráter lunar. El paisaje, fantástico hasta el punto de parecer un decorado magnífico, lleno de riscos y montañas puntiagudas, se extendía ante los tripulantes de la astronave como algo fuertemente tristón y sobrecogedor. Sorprendente y luminosa, la Tierra aparecía suspendida en el espacio como una gigantesca Luna, apreciándose el contorno oscuro de los continentes y las manchas azules de los mares, las regiones de verde vegetación y la anchurosa extensión rojiza que era el desierto del Sahara.

Se había detectado un objeto que desapareció tras la sombra lunar. Ello había ocurrido a poco de que el *Kipsedón* dejara su órbita para iniciar el viaje de regreso a Tacom. Se encontraban en la cámara de control y dirección los principales jefes o suts tacomis y algunos terrestres en los que aquellos confiaban para que, en su momento oportuno, se hicieran cargo de la enorme astronave... cuando los tripulantes tacomis, ancianos y sin fuerzas, fueran cayendo y muriendo lentamente.

Temoc, el jeddad, almirante supremo, tenía los ojos fijos en las

pantallas de televisión que reflejaban las imágenes que los potentes telescopios de a bordo recogían del espacio.

Yandot, el hombre rojo, ayudaba a Rumba, otro de los hermanos, en la dirección del *Kipsedón*. Varios tacomis de piel cobriza y arrugada se movían por la amplia cabina.

Kazan, Müller, el húngaro, Mihaly y el capitán Derek Bedford miraban callados y sumidos en sus propios pensamientos el cúmulo de indicadores, las luces de todos los colores imaginables, las imágenes de las pantallas de televisión y mil instrumentos más cuya utilidad no alcanzaba ni remotamente a comprender.

Todos concentraron su atención de pronto en Temoc, al gruñir éste unas palabras en su extraño lenguaje.

El jeddad señalaba una de las pantallas de televisión. Los terrestres, siguiendo su indicación, vieron cómo una diminuta estela azulada surcaba el espacio en dirección a la Luna. Al mismo tiempo los aparatos de radar señalaron un eco muy débil en su campo de delectación.

Al aproximarse a la Luna, la casi imperceptible estela desapareció absorbida por la luz que reflejaba el satélite de la Tierra.

Temoc supuso que era el rastro dejado por una nave sideral de gran tamaño. Alarmado, porque la presencia de otras naves interplanetarias cerca de la Tierra podía poner en peligro el descubrimiento tacomis, decidió investigar su procedencia y su destino. De aquí que el *Kipsedón* tomara contacto con la Luna. Temoc dio órdenes…

En el camarote de las mujeres, donde se había instalado a Tania Gurevich, la joven que coaccionada tuvo que acceder a los deseos de Kazan, Olga, Niva y Lanca Hoppel, esposa esta última de Derek Bedford, escucharon el silencioso rumor que provenía del fondo del pasillo y salieron para averiguar su causa.

Una larga fila de tacomis se dirigía hacia los ascensores. En último término pasó Yandot.

El hombre rojo las miró impertérrito. Sin embargo, se sentía molesto ante las mujeres. Cuando se enfrentaba con un hombre, su poder semi-hipnótico, la fuerza avasalladora de su inteligencia, se imponían de tal modo que era capaz de adivinar el pensamiento y aun de transmitirlo a distancia, influyendo en la voluntad de sus oponentes. Con las mujeres era débil. No las comprendía. Jamás había tenido tratos con ninguna. No se atrevía a penetrar en sus pensamientos. Era demasiado fácil y muy poco halagüeño.

Quiso pasar de largo pero Niva le detuvo por un brazo.

—Perdona, Yandot —dijo—. Quisiéramos saber a qué se debe esta súbita detención, y este movimiento.

El hombre rojo la miró largamente… Si hubiera sido como Kazan, o Müller, o el húngaro, quizás hubiese fijado su conducta hacia un determinado extremo. Pero era un tacomis, y para aquellas mujeres terrestres un tacomis era una especie de fenómeno, muy inteligente, sí, pero demasiado alto y desgarbado y de distinta coloración de piel.

—Vamos a explorar la superficie lunar —contestó guturalmente según era su costumbre—. Se ha detectado la presencia de un aparato desconocido.

—¿Podríamos ir? —inquirió rápidamente la rusa—. Estamos cansadas de permanecer horas y horas en nuestro camarote.

Si la proposición asombró a Yandot, éste no lo demostró.

—Podéis venir —dijo escuetamente.

Olga tradujo el resultado de la conversación a Lanca, que no conocía el ruso, y las tres mujeres echaron en pos del hombre rojo.

Descendieron a los hangares en un ascensor rápido y silencioso.

Lanca vio a su marido Derek hablando con los tenientes Fred Wilson y Tom Morse, piloto y navegador respectivamente del avión de reconocimiento que despegara de Thule hacia el Polo Norte para no volver.

—Van a salir ocho platillos volantes a explorar —dijo Yandot—. El capitán Bedford y sus hombres irán con mi hermano Zanu. Kazan y los demás vendrán conmigo. Elegid vosotras la compañía.

Lanca no había visto a Derek desde el día en que las escuadrillas aliadas terrestres les atacaron sobre el Polo Norte. Recordaba aquel momento como si fuera ahora. Derek y ella habían estado separados nueve meses, pero después del ataque habían hecho las paces. Lanca deseaba asegurarse de que las palabras de su marido fueron sinceras y no fruto de la emoción del momento.

—Yo voy con el capitán Bedford —decidió—. ¿Toma parte mi padre en este vuelo?

—No. Él se queda en el *Kipsedón*.

Niva hizo un gesto de entendimiento a su compañera Olga. Habían intimado mucho con Lanca y estaban al corriente del conflicto que tenía con su marido. Era mejor dejarles solos para que hicieran definitivamente las paces. Así pues Niva, por boca de las dos, dijo:

—Nosotras iremos contigo, Yandot.

El tacomis asintió con la cabeza, sin responder. Se encaminó a continuación hacia uno de los platillos. Estos discos de color azul y

unos ocho metros de diámetro estaban construidos de kass, material extraído de uno de los satélites de Tacom. Esta coraza de kass podía hacerse transparente a voluntad y era invulnerable a todas las armas terrestres, a los proyectiles atómicos y a los rayos eléctricos, paralizadores o ígneos. Iba armado con dos cañones atómicos, dos proyectores de fuego y lanzarrayos eléctricos y paralizadores, cargados, dirigidos, apuntados y disparados por maravillosos cerebros electrónicos. Al igual que las esferas, no poseían lanzatorpedos, arma propia y peculiar de los destructores.

Por la rampa que servía de acceso y que se replegaba sobre sí misma al sólo contacto de un botón y a veces bajo la influencia de una célula fotoeléctrica, Niva y Olga subieron al platillo de Yandot. Dentro había dos tacomis sentados en sus correspondientes sillones, mientras Müller, Kazan, el húngaro y el polaco se mantenían en pie esperando las órdenes del hombre rojo.

Kazan estaba inclinado observando los manejos de uno de los viejos. De inteligencia despierta, Kazan chapurreaba el tacomis, cosa que ningún otro terrestre aparte del profesor Hoppel lograba hacer. Al oír las pisadas de los recién llegados, se volvió. Frunció las cejas al ver a las dos mujeres y luego sonrió con aquella sonrisa tan suya que prestaba a su rostro un aire sarcástico y pedante.

—¡Caramba! —exclamó— ¡Vaya sorpresa! Mi querida Olga y nuestra entrañable Niva, la mujer de hielo.

—Eres un grosero, Kazan. Y un salvaje —replicó Niva—. ¡Lo que has hecho con la infeliz Tania es imperdonable!

Era una mujer sorprendente. Se decía viuda de un personaje moscovita víctima de una depuración. Queriendo vengar la muerte de su marido, atentó contra la vida del comisario político que condenó a aquél, fracasó en su empeño y fue enviada a Sibiriakof, de donde fue libertada por Yandot. Tenía el rostro atrayente y un cuerpo divino que había causado la admiración de los grandes hombres de Moscú. Las privaciones, el frío de Sibiriakof, así como el asedio constante del director del campo, muerto a manos de los evadidos, no habían logrado arrebatarle la belleza y mucho menos su orgullo. A los treinta años conservaba íntegra toda la fragancia de los veinticinco. Su cabello rubio y sus ojos azul verdosos eran la atracción inconsciente de Yandot, el hombre rojo. Kazan soltó una carcajada.

—Puede que sea un poco salvaje en algunos casos —manifestó —, y tal vez algo grosero, pero me guardaré bien de enemistarme contigo. Te conozco bien… y te admiro.

El ruso se aproximó a Niva deslizando los dedos sobre el brazo

de ella, que no hizo nada por retirarlo. Los ojos de Yandot despidieron unas chispitas amenazadoras.

—Sí, te admiro —repitió.

—Pues mantén tu admiración a distancia —replicó la mujer—; no vayas a estrellarte.

Kazan se hizo hacia atrás. Volvió a reír.

—No temas. No me estrellaré.

Luego fijó su atención en Olga. Era una ucraniana de singular belleza. Sus magníficos ojos negros tenían la profundidad de las oscuras noches del Mediterráneo. Su cabellera de azabache enmarcaba un rostro pálido de piel satinada y rasgos perfectos. Estaba delgada. Se había hallado al borde de la muerte y sólo la intervención milagrosa de Yandot la salvó. Se reponía rápidamente de los estragos causados por su enfermedad y pronto, a juicio de todos, gozaría de las formas que antaño poseyera. Estuvo enamorada de un empleado de la embajada norteamericana en Moscú. Acusada de traición y espionaje había ido a parar a Sibiriakof, que estuvo a punto de convertirse en su tumba.

—Te encuentro preciosa, Olga —dijo Dimitri—. Me gustas.

—Siento no poder decir lo mismo de ti —replicó con morbosidad la joven.

Kazan, riendo, giró sobre sus talones y se colocó junto al tacomis que tripulaba la aeronave.

La rampa se había corrido sobre sí misma y el platillo volante estaba ya herméticamente cerrado. Yandot ocupó su asiento ante el tablero de mandos y gritó una orden gutural. El húngaro y el polaco se pusieron a su lado, expectantes.

Era la primera vez que las dos mujeres subían a una de aquellas naves siderales, por lo que no era de extrañar que contuviesen el aliento ligeramente atemorizadas. Müller, el alemán, antiguo oficial de la Werhmacht, el hombre amargado, como le llamaban sus compañeros, les dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—No temáis —dijo—. Esto se desliza con la misma suavidad que una pluma y no se nota ninguna sensación extraordinaria, a no ser la sorpresa que domina a uno cuando observa la inteligencia de estos seres.

—¿Tomaste parte en el ataque a las plantas atómicas? —preguntó Olga.

—No me quedó otro remedio. Pero aquello fue fantástico. Debierais haber visto a los destructores dispersando a los aviones americanos, a los robots mecánicos trabajar como personas humanas y a los empleados de las fábricas inmóviles como estatuas.

Vamos a salir del *Kipsedón*. Las paredes del platillo se tornan transparentes. Sentaos en estos sillones adosados a la pared. Son más cómodos que lo que parecen. Hasta ahora.

Las grandes compuertas del hangar habían sido ya corridas, y las aeronaves designadas para la exploración salían lentamente hacia el exterior. Cada una tomaba una dirección diferente para cubrir el máximo terreno posible.

Lanca Hoppel había sido recibida por Derek Bedford con una sonrisa de satisfacción. Se quedaron mirando a los ojos, sin pronunciar palabra. Lanca leyó en los de su marido una infinita ternura. Se conmovió tanto que se lanzó impetuosa a sus brazos, siendo estrechada con fuerza.

El impulsivo teniente Wilson y el pacífico Morse, mayor contraste no podía darse entre ellos, sonrieron y discretamente subieron a su platillo. En el vecino asomó el rostro achatado del sargento John Garry, técnico en radar. Abrió los ojos al ver a su capitán abrazando a la hija del profesor y volviéndose prestamente, emitió un tenue silbido de sorpresa.

—¿Qué le pasa, sargento? —gruñó Jim Shandon, cabo radiotelegrafista y casi tan amigo de peleas como Garry.

—Echa una ojeada al platillo del capitán.

El cabo escupió despectivamente, pero hizo lo que le insinuaba su compañero.

—¡Recórcholis! —exclamó—. ¿Pues no parece el final de una película? ¡Vaya con el capitán! Qué reservado se lo tenía, ¿eh?

—No seas animal. Si te oye, te mete un mes en el calabozo.

—Ojalá pudiera hacerlo —murmuró súbitamente grave el joven, rascándose la coronilla y apartándose de la rampa—. Demostraría que aún estábamos en la Tierra.

—Mira, muchacho. No te pongas sentimental porque eso no va con tu carácter, ¿me entiendes? Nos han traído aquí para que aprendamos el manejo de este cacharro y por mi parte no pienso desperdiciar el tiempo. Espera que sepa lo mismo que estos tipos y…

Dejó sin acabar la frase, mas su significado estaba bien claro.

Los platillos volantes se alejaban a gran velocidad del *Kipsedón*, gigantesca cúpula azul en medio del cráter lunar. Se mantenían en contacto con la astronave, donde Temoc el jeddad y los otros suts seguían la marcha de las pequeñas naves siderales por radio de las pantallas de televisión y radar.

Yandot puso rumbo hacia la cara oscura de la Luna, donde era entonces de noche, la cual desde la Tierra jamás había sido vista ni

aun a través de los potentes telescopios por una razón muy sencilla: La Luna invierte el mismo tiempo en su movimiento de traslación que en el de rotación sobre su eje, de modo que siempre presenta la misma cara a nuestro planeta. La Luna es cuarenta y nueve veces menor que la Tierra; por tanto su diámetro ecuatorial es sensiblemente más reducido que el terrestre. Su vista producía la desolación más completa. Era árida, enteramente seca, sin atmósfera, sin agua; en fin, como un erial o peñasco gigantesco…

—¡Qué paisaje más triste! —murmuró Olga Fedorova.

Kazan la oyó y se volvió diciendo:

—Es cierto, pero tiene un encanto especial. La Luna es ya un astro muerto: algún día tuvo, quizá, mares y vida, pero hoy ha desaparecido todo; para ella ha sobrevenido ya su fin del mundo, como estaba a punto de acontecerle a Tacom cuando los hombres rojos partieron en busca de un planeta que reuniera parecidas condiciones de habitabilidad. No le quedan más que montañas abruptas y prodigiosamente altas, algunas de las cuales llegan hasta cerca de los ocho mil metros, el doble o el triple, proporcionalmente, a las de la Tierra.

Los terrestres miraban a través de las paredes transparentes la superficie que pasaba rauda ante sus asombrados ojos. Aparecía agrietada, llena de elevaciones, que tomaban la apariencia de grandes cráteres de volcanes y anfiteatros inmensos de muchos kilómetros de diámetro.

—Todo esto —prosiguió Kazan— es lo que nos explica el aspecto que la Luna nos ofrecía desde la Tierra. Allá la veíamos semejante a la cabeza y rostro de un hombre: hasta nos figurábamos divisar los ojos, la nariz, la boca… ¡Curiosas ilusiones! Lo que teníamos por nariz es una gigantesca cordillera de 6.000 metros de elevación: el extremo de la misma es un macizo circular con un inmenso cráter en medio, llamado de Copérnico, de muchos kilómetros de diámetro. El ojo derecho es una depresión, como el lecho de un antiguo mar, tiene 700 kilómetros de diámetro y se llama Mar de la Alegría. El ojo izquierdo es otro mar de mil kilómetros, el Mar de las Lluvias…

—¿Dónde has aprendido todo eso, Dimitri? —inquirió Niva mordaz.

—Esto lo sabe cualquiera que posea una mediana cultura —replicó con intención el ruso de Minsk.

Sonrió al apreciar el fruncimiento de ceño de Niva y continuó:

—La temperatura aquí es extremada. Como no hay atmósfera ni nubes, los rayos solaras caen de plano sobre la superficie y la

calcinan, con un calor de 100 grados. No hay sucesión de días y de noches; mejor dicho, los días de Luna duran catorce de los nuestros; al fin de ellos, vienen repentinamente las tinieblas y duran otros catorce; la temperatura baja entonces verticalmente hasta 100 grados y más, bajo cero. En verdad que no es nada agradable vivir en la Luna a pesar de los sueños de los poetas.

—Los terrestres —intervino Olga— sólo conocemos una cara de la Luna, ¿no es así? —Ante el gesto de asentimiento de Kazan, la joven siguió—. Entonces será muy interesante explorar esa parte desconocida.

Kazan sonrió.

—El día que abandones esa sonrisa —exclamó Niva resentida aún por las palabras anteriores del ruso—, tu semblante dejará de ser el de un idiota.

Dimitri continuó sonriendo y, sin prestar la menor atención a la orgullosa mujer, respondió a las palabras de Olga:

—Da la casualidad que la noche reina en la cara que desconocemos los terrestres. No obstante, creo que algo veremos con la ayuda de los reflectores. Observa; el sol desaparece. Pronto no veremos nada a no ser las estrellas rutilantes del espacio.

Efectivamente, el platillo volante no tardó en hundirse en la noche más oscura que uno pudiera imaginarse.

A una orden de Yandot, uno de los ancianos tripulantes accionó una palanca y se encendieron potentes reflectores que iluminaron una región no mucho más agradable que la conocida: cráteres y riscos, montañas y hendiduras, fisuras, grietas, rocas y aristas, desierto espantoso y opresivo. Máquinas de filmar funcionaban ininterrumpidamente por si acaso algo escapaba a la observación de los hombres.

Pronto el aparato de radar señaló un eco movible a una distancia de cincuenta millas. Yandot, impertérrito, puso rumbo hacia él de manera que el eco se fue acercando al centro mismo de la pantalla.

Súbitamente, cuando ya debían estar muy próximos al objeto cuyas ondas recogía el radar, el eco desapareció de la pantalla.

—¿Qué significa esto? —preguntó Müller confuso.

—Tal vez ese objeto, lo que sea —contestó Kazan—, posea los medios de anular la acción del radar tacomis, como éstos tienen aparatos que destruyen los ecos de los radares terrestres. Significa, además, que la Luna está habitada, y que los selenitas poseen inteligencia y conocimientos ultramodernos.

Yandot gruñó asintiendo. Tenía los ojos fijos en el tablero de

centro. Miró hacia la pantalla de televisión y luego hacia la del radar. Gritó una orden. Un tacomis accionó una palanca y los reflectores se apagaron, quedando todo envuelto en la más densa oscuridad.

Los terrestres vieron que Yandot y los tacomis se colocaban unas gafas de lentes ahumados. Recibieron, a su vez, gafas idénticas que se pusieron sobre la nariz, tapando los ojos.

—Mirad ahora —dijo Yandot—. Estamos empleando la luz negra para evitar ser descubiertos a simple vista. Veréis la superficie de este satélite como si fuera el crepúsculo.

Tenía razón. Un sorprendente colorido amarillento y difuso, que dejaba, empero, apreciar perfectamente el contorno de los objetos y de las cosas, invadía todo el tenebroso y desértico paisaje lunar.

—¡Mirad! —rugió de pronto el húngaro.

El platillo volante avanzaba a escasa velocidad. A través de las paredes de kass y valiéndose de las gafas y de la luz negra pudieron distinguir cómo se movía un sector de la montaña que tenían ante ellos y aparecían unas extrañas cúpulas verde oscuro. Un segundo después, la noche se encendió con el resplandor de terribles llamaradas y alrededor del platillo empezaron a estallar luces de todos los colores, que eran otras tantas explosiones atómicas.

—¡Disparan con cañones atómicos! —advirtió Yandot—. Y emplean también rayos cósmicos, cañones eléctricos y torpedos dirigidos por cerebros electrónicos.

En su voz no se advertía la más leve emoción. Mientras hablaba no dejó de mover interruptores, llaves, palancas y apretar botones. Todas las armas de a bordo entraron en juego al unísono. Los cañones atómicos, los proyectores ígneos y eléctricos, los rayos paralizadores y las bombas atómicas y de hidrógeno propulsadas a chorro y dirigidas hacia el objetivo por sus correspondientes cerebros electrónicos, lanzaron y descargaron un vendaval de fuego, metralla, radiaciones radiactivas, verdaderamente terrible y destructor.

La montaña parecía desintegrarse enviando piedras y rocas en cantidades asombrosas hacia lo alto. Se elevaban columnas de fuego que adoptaban la forma de gigantescos hongos. Estallaban los proyectiles y las bombas contra las extrañas cúpulas que resistían impávidas el furioso bombardeo a la vez que enviaban un aluvión de torpedos aéreos ante los cuales los cohetes receptores del platillo volante se veían impotentes para contener, haciéndolos estallar antes de que chocaran contra la coraza de kass.

El platillo se tambaleaba, saltaba, se hundía, se elevaba al

compás de las explosiones, silenciosas por demás, y a no ser porque Yandot había neutralizando la fuerza de la gravedad en el interior del platillo, el daño hubiese sido considerable para los tripulantes.

—No podremos resistir la acción concentrada de todas las cúpulas —dijo Yandot con una serenidad escalofriante y hablando en ruso—. Pronto emplearán torpedos de cobalto y seremos abatidos. Colocaos las escafandras por si esto ocurriera.

Mientras Yandot lanzaba el platillo volante a toda velocidad hacia arriba, los terrestres y los tacomis, vestidos ya con el traje azul de kass y amianto, se colocaron las escafandras y unos guantes que se cerraban en torno a la muñeca, aunque sin taponar la circulación de la sangre.

De repente, el platillo volante sufrió una tremenda sacudida. Olga y Niva fueron arrojadas contra Müller y el húngaro, rodando los cuatro en confuso montón. El mecanismo que neutralizaba la fuerza de la gravedad había dejado de funcionar. Como una peonza, el platillo se puso a girar por el espacio; luego describió una parábola y empezó a caer a una velocidad escalofriante. Los motores atómicos ya no zumbaban.

Yandot trabajaba en los mandos como un loco. Soltó varias palabras guturales. Los tacomis corrieron por el interior de la nave. Uno de ellos descendió por una escalerilla al piso inferior. Casi al instante, se oyó una especie de ronroneo y la aeronave comenzó a perder velocidad. Pero aunque los motores de urgencia funcionaron a tiempo de impedir una catástrofe mortal, no evitaron, sin embargo, que el platillo volante chocara violentamente contra la superficie lunar, llevado por la mano poderosa de Yandot.

La nave corrió arrastrándose sobre su panza por un suelo agrietado y no se detuvo hasta que se aplastó contra un peñasco de enormes dimensiones. El choque fue espantoso. Arrojó a unos contra otros. Se apagaron las luces, se oyó el chirrido de metales, el escape de un gas y los chasquidos de unos chispazos sorprendentes. Luego, el silencio y la oscuridad reinaron en los alrededores de aquel cráter lunar.

CAPÍTULO V

LOS HOMBRES ANTENA

Derek Bedford conducía el platillo bajo la mirada atenta de Zanu, el sut de la guerra. Zanu era, de todos los tacomis que viajaban en el *Kipsedón*, el más fuerte y uno de los más jóvenes. Cuando la astronave salió de Tacom llevando en su seno a mil hombres bajo el mando del gran Jumwha, los sabios tacomis habían previsto la muerte del planeta para un plazo no superior a los cinco mil años. Constantemente Tacom se veía amenazado por las incursiones de los hombres antena, instalados en Tarka y enemigos seculares de los tacomis. Ambos adversarios se abstenían de atacar sus respectivos planetas, ante el temor de destruir sus atmósferas y aniquilar la vida animal. Por este motivo dirimían sus odios y rencillas en Tumpa, habitado por los hombres amarillos y cuyo dominio se repartían por partes casi iguales.

El *Kipsedón* había permanecido casi cien años vagando por el espacio y lentamente fueron muriendo sus tripulantes, incluso el gran Jumwha, el cual tuvo de Laya, una princesa de la casa reinante de Tacom embarcada subrepticiamente en la astronave y enamorada del jeddad, siete hijos, el mayor de los cuales, que contaba ya noventa años, Temoc, había sucedido en el mando al jeddad Vertex, sucesor del primer almirante y muerto en la Tierra a causa de su avanzada edad.

De los mil tacomis que partieron de Tacom con el gran Jumwha, tan sólo cuatrocientos diez quedaban, y todos eran viejos, terriblemente ancianos; sus rostros estaban retorcidos, arrugadísimos, y sus cuerpos debilitados y encorvados; pero había algo en su porte y en su mirada que decía de una misteriosa vitalidad que les impulsaba a vivir.

El promedio de vida entre los tacomis era de ciento cincuenta a ciento sesenta anos, edad que todos los que salieron de Tacom contaban ya. Estaba, pues, próximo su fin. De ahí que Vertex confiara en Yandot, el hombre rojo, y en sus seis hermanos para que, con la ayuda de los terrestres, condujeran el *Kipsedón* hasta su destino.

Los tacomis físicamente no se diferenciaban mucho de los terrícolas. Se les hubiera podido tomar por representantes extraños de la Mongolia o del Turquestán. Eran altos, delgados y tremendamente ágiles. Tenían los brazos muy largos; esto junto con

las piernas que flexionaban en demasía al andar les daba un aspecto un poco grotesco, que se olvidaba al ver la completa armonía de todos sus movimientos… Su cabeza, coronada por una masa de cabellos largos y lacios, era alargada y aparecía afeitada en su parte derecha cuando el tacomis era joven; su nariz aguileña, la mandíbula angulosa y los ojos muy negros. El color de su piel, desprovista de vello, era rojizo, de aquí que les llamara los Hombres Rojos de Tacom.

Tenían idénticos sentimientos que los terrestres. Reaccionaban de la misma manera ante el amor y discernían con más clarividencia entre lo bueno y lo malo. Pero apenas sabían sonreír debido, quizá, a tener algo atrofiados los músculos de la risa. Eran serios, terriblemente serios, y no les gustaba hablar inútilmente.

Temoc era el hermano mayor de Yandot y jeddad del *Kipsedón*. Le seguía Kanak, jefe o sut de la artillería; Rumbal, jefe de máquinas; Utor, técnico de gran valía e investigador; Zanu, el sut de la guerra, y Parno, médico y físico.

El platillo volante de Zanu, conducido por las hábiles manos de Derek Bedford, volaba describiendo anchurosos círculos sobre la superficie lunar.

Fred Wilson y Tom Morse estudiaban los instrumentos de a bordo, mientras Lanca Hoppel se entretenía mirando a través de las paredes de kass el panorama que reflejaba la pantalla de televisión. De vez en cuando miraba amorosamente a su marido.

De repente se oyó un zumbido y pantalla de televisión se iluminó con la faz de Temoc. Lanca vio cómo movía sus labios y en el interior del platillo retumbaron unas palabras guturales. Cuando la imagen del jeddad desapareció, Zanu hizo una seña a Derek para que le dejara los mandos, y sentándose en el sillón, dijo en un inglés bastante perfecto si se tenía en cuenta el poco tiempo que había tenido para aprenderlo:

—Malas noticias. En la parte oscura de este satélite desaparecer platillo volante de Yandot. Gran combate. Enemigo muy poderoso. Nosotros investigar.

Accionó una palanca, y la aeronave arrancó por así decirlo, adquiriendo en breves segundos una velocidad superior a los cinco mil kilómetros por hora. Volando sobre los picachos desnudos pronto se sumergieron en la parte ignorada por los terrestres y en la que, como sabemos, reinaba la noche.

En la pantalla de radar aparecieron unos puntitos luminosos.

—No preocupar, amigos —informó Zanu.

Eran los otros siete platillos que acudían al lugar donde se había

desarrollado el combate. Se puso en funcionamiento la luz negra. El sut estaba alerta. A su alrededor se agruparon los otros platillos volantes formando un semicírculo defensivo. En la montaña donde habían estallado los proyectiles atómicos se vislumbraban todavía imponentes columnas de humo radiactivo, así como resplandores más o menos vivos que a veces adquirían intensas tonalidades rojas, azules o amarillentas...

Bruscamente, de la base y de las laderas de la montaña, surgieron las cúpulas y la noche volvió a encenderse con las trayectorias luminosas de los cohetes, de los torpedos y proyectiles atómicos.

Un platillo volante cayó envuelto en llamas antes de que los tacomis llegaran a apercibirse de ello. La formación se disgregó y cada parte inició por su cuenta el ataque contra las cúpulas.

Las explosiones se sucedieron a ritmo aterrador, aunque dentro ni fuera de las naves tacomis se apreciara el menor ruido. La montaña parecía un volcán en erupción arrojando lava radiactiva en todas direcciones. Los platillos pasaban en cadena ante las extrañas cúpulas verde oscuro dejando caer su carga mortífera y disparando con todas sus armas. Una cúpula, más castigada que las demás, estalló en fulgores aframbuesados y carmesí. Oleadas de rocas se venían abajo por las laderas rebotando contra las corazas de aquellas imponentes casamatas, casi invulnerables.

Otro platillo siguió en breve la suerte del primero. Se disgregó en centenares de grandes fragmentos, cayendo sus trozos incandescentes esparcidos y formando una gigantesca palmera.

El combate proseguía con extraordinario denuedo, sin que Zanu diera la orden de retirada. De súbito, por encima de las cumbres vecinas aparecieron enormes cohetes de propulsión atómica que se arrojaron sobre los platillos volantes. Aquellas aeronaves tenían una forma alargada, tal vez midieran unos cincuenta metros de longitud y unos diez de anchura. Derek pudo contar media docena de aparatos. Pero Zanu debió comprender lo que ocurriría si aceptaban el combate y gruñó una orden gutural. Los platillos, lanzados a ocho mil kilómetros por hora, ascendieron hacia el espacio, perseguidos por los aerocohetes de cuyas fantásticas bocas surgían centenares de torpedos aéreos dotados de cerebros electrónicos, que se lanzaban a enorme velocidad sobre las naves tacomis.

Un platillo volante fue alcanzado de lleno; rodando sobre sí mismo y dejando tras sí un reguero de chispas, se estrelló contra la cresta de una montaña. Las armas defensivas tacomis abatían sin cesar torpedos y más torpedos, hasta que al acercarse a la cara

iluminada de la Luna, torpedos y aerocohetes desaparecieron repentinamente.

Momentos después, los cuatro platillos supervivientes de la derrota entraban en el *Kipsedón*.

Derek ayudó a Lanca a descender del platillo. La joven estaba muy pálida, no repuesta todavía de la emoción que le produjo el combate.

Tom Morse aparecía consternado, imbuido del claro significado que tenía la presencia de seres tan omnipotentes cerca de la Tierra. Fred Wilson se mostraba serio. Comprendía, al fin, el terrible poder que poseían los tacomis y sus enemigos, fueran éstos quienes fuesen.

—¿Les habrá pasado algo a Garry y a Shandon? —preguntó.

—No. Ahí vienen.

Ninguno de los dos jóvenes parecía estar muy impresionado por lo que habían presenciado y sufrido. Es más, el sargento sonreía.

—¡Vaya batalla! —exclamó—. ¡Ha sido magnífico! Creo que nos vamos a divertir de lo lindo.

El teniente Morse soltó un gemido.

—Este hombre está loco —dijo—. ¡Que se lo lleven de aquí!

—Pero, mi teniente —replicó el suboficial—. ¿Usted preferiría un viaje de treinta años sin nada que rompiera la monotonía?

Morse se llevó las manos a la cabeza y se alejó del grupo.

—Con el mayor respeto —dijo el sargento—, pero me parece que el teniente está un poco… impresionado, ¿no es verdad?

Todos comprendieron que había omitido intencionadamente la palabra *asustado*. Sin embargo, ni el capitán ni Wilson dijeron nada.

Salieron de hangar en pos de Zanu.

Lanca no había querido preguntar qué había sido de sus compañeras Niva y Olga Fedorova. Sentía un extraño presentimiento que le atenazaba el corazón. Llegó a apreciar a las dos mujeres por la confianza y la comprensión que encontró en ellas. Le dolería terriblemente si no se hubiesen salvado. Zanu les había dicho que el platillo de Yandot había sido derribado, y ella había visto las terribles explosiones que seguían a la caída de un platillo envuelto en llamas. No existía salvación posible para sus tripulantes. En esta convicción, no quiso indagar cerca de Zanu. Por demás, a éste le gustaba muy poco hablar, y Lanca no quería importunarle sabiendo además que Yandot era el hermano preferido y mimado de los hijos de Jumwha. Y ella estaba convencida de que los tacomis sentían el dolor tanto como los terrestres, aunque no lo reflejaran en sus impasibles semblantes.

Zanu les guió hasta la sala de conferencias. Puesto que estaban destinados a ser los futuros lugartenientes del *Kipsedón* era conveniente que asistiesen a todas las entrevistas y conocieran las decisiones del jeddad.

Se encontraban en la cámara todos los hermanos de Zanu excepto Yandot, TJarvo, el más anciano de los tacomis, y cuatro personajes más, por cuyos rostros parecían haber pasado varias generaciones. El profesor Hoppel compareció casi al mismo tiempo que ellos.

Zanu se llevó la mano al pecho, según el clásico saludo de Tacom. El jeddad le devolvió el saludo de la misma manera y, tras indicar unos asientos a los recién llegados, empezó a hablar sin que ninguno de los terrestres a excepción del profesor, entendiera sus palabras.

Al final de la conferencia, Zanu dijo:

—Desde el *Kipsedón* presenciar desarrollo batalla. Tripulantes de tres platillos muertos. Desconocer paradero de Yandot y hombres que iban con él. Caber pequeña esperanza. Nosotros buscar.

Lanca respiró aliviada. ¡Había una esperanza! Derek apenas se había relacionado con Yandot y los evadidos del campo de concentración. Tan sólo había tratado con Müller, el único que le secundó allá en la Tierra en su intentona de fuga. Le interesaba más conocer otras cosas. Preguntó:

—¿De dónde proceden esas aeronaves tan poderosas? ¿Qué hacían allí esas cúpulas enterradas en la montaña? ¿Sabes algo de esto, Zanu?

—Sí. Yo saber.

—Pero, ¿quiénes tripulan esos aerocohetes propulsados?

—Los hombres antena. Nuestros peores enemigos. Muy poderosos. Tanto como los tacomis. Sus cohetes y sus cúpulas estar construidos del mismo material que el *Kipsedón*. Ser kass. Nosotros destruir su base en este satélite de la Tierra. Habrá guerra. Mucha guerra. Sangre correr. Ignorar tiempo que estar asentados en Luna. Nosotros averiguar. No saber cuántas naves tener y cuántos hombres antena en base. También averiguar. Ellos conocer quizás destino de Tacom, Tarka y Tumpa. Nosotros querer saber. Gran guerra.

—¡Los hombres antena!

Los cinco americanos se miraron estupefactos. Lanca, intuyendo días difíciles, se acogió al brazo protector de Derek. Los jefes tacomis desfilaron ante ellos. Sus semblantes estaban más serios que de costumbre.

*   *   *

—Ya vuelve en sí.

Olga oyó esta voz como viniendo de muy lejos. Le zumbaban los oídos y le dolían la cabeza y el antebrazo izquierdo. Abrió los ojos, por lo menos así creyó hacerlo, pero lo cierto es que no vio nada absolutamente.

—Olga... querida...

Era Niva la que le sostenía cariñosamente la cabeza. Reconocía su voz bien timbrada

—¿E... estoy... ciega? —tartajeó débilmente.

Recordaba confusamente lo sucedido. Caían a toda velocidad sobre la Luna... Luego percibió un chirrido y a continuación un choque espantoso.

—No, Olga —dijo la voz llena de alegría de Niva—. Estamos envueltos por una densa oscuridad pero si usas esta lámpara de luz negra nos verás al húngaro y a mí.

La muchacha intentó incorporarse. Estaba segura de que le iba a costar un gran esfuerzo, mas su sorpresa fue grande al comprobar lo fácil que le resultó ponerse en pie. Se sentía algo mareada, pero notaba al mismo tiempo una gran liviandad en todos sus movimientos.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber.

—Nos estrellamos contra un peñasco colosal. El choque fue espantoso. A no ser por ese material llamado kass, y principalmente, por los trajes que llevamos, ninguno hubiera sobrevivido. Un tacomis fue aplastado por la masa del motor que se desprendió de su centro. Los demás estamos bien. Yandot nos sacó a ti y a mí del platillo. Aparte de unas leves contusiones no tenemos nada más. Tú recibiste un golpe muy fuerte en la cabeza y otro en el brazo. La escafandra te salvó. Yandot, llevándote en sus brazos, nos guió a esta cueva. Ha regresado con los otros para sacar del platillo armas y víveres, por si tenemos que defendernos y permanecer mucho tiempo en estos lugares. Te asombrarías, Olga, si te dijera lo poco que pesamos en la Luna. He oído decir a Kazan que la fuerza de gravedad es mucho menor que en la Tierra. Algo de eso estudié cuando era pequeña. Si hubiese sabido entonces que tenía que visitar la Luna hubiera prestado más atención a los libros, ¿no habrías hecho tú igual?

Olga sonrió, asintiendo con la cabeza. Se encontraba ya mejor.

—No te preocupes, muchacha —dijo la voz de Foldvar, el húngaro—. Yandot nos sacará de ésta.

Habló con tanta firmeza que la misma Niva se impresionó. Sí,

Yandot era poderoso, ¿acaso no lo había demostrado librándoles del yugo comunista? Podían confiar ciegamente en él en la seguridad de que les salvaría.

A través de los amplificadores de que iban provistas las escafandras percibieron el leve ruido de unos pasos sobre el terreno rocoso.

Foldvar enfocó la entrada de la cueva con su lámpara de luz negra. Las escafandras, mediante la simple acción de apretar un botón del pequeño cuadro de mandos que cada uno llevaba en su cinto, adquirieron un tono oscuro que no podía ser visto dada la oscuridad reinante, y actuaron como complemento adecuado para la luz negra. Olga pudo ver así la alta figura de Yandot, cargado con algunos aparatos y fusiles que parecía llevar con suma facilidad, y las menos impresionantes de Kazan, Müller, el polaco y la del viejo tacomis superviviente.

—¿Te encuentras bien, Olga? —inquirió el alemán depositando su carga junto a la que cada uno había traído desde el platillo.

—Sí; muy bien. Gracias, Karl.

—Escuchadme todos —dijo Yandot.

Los terrícolas se congregaron a su alrededor mientras el tacomis, tomando un fusil atómico, se apostaba en la entrada de la cueva.

—Nuestra situación no es muy halagüeña, mas bajo ningún aspecto desesperada. Hemos sido derribados por los hombres antena, enemigos tradicionales de Tacom. Ignoro cómo han venido a parar a este sistema planetario. Lo cierto es que han establecido varias bases en este satélite y poseen naves capaces de enfrentarse con las nuestras. Me propongo investigar cerca de la montaña donde surgieron las cúpulas verdosas para averiguar sus efectivos. Nos pondremos en contacto con el *Kipsedón* por medio de un aparato de radio que he sacado del platillo volante. Estamos bien armados y tenemos víveres suficientes para mantenemos durante una temporada sin necesidad de recibir auxilios del *Kipsedón*. Cuando lo crea conveniente y antes de que se agote nuestra provisión de oxígeno seremos recogidos por el *Kipsedón.* ¿Estáis dispuestos a secundar mis planes?

Müller, el húngaro y Mihaly se apresuraron a contestar afirmativamente. No les atraía la perspectiva de enfrentarse con los hombres antena, fueran éstos como fuesen, pero temían en cierto modo más el poder misterioso de Yandot, que era más tangible. Además, ¿qué otra cosa podían hacer entonces?

—Esos hombres antena —insinuó Kazan—, nos buscarán…

—Indudablemente —afirmó el hombre rojo—. Y debo advertir

que son enemigos muy peligrosos. No tardarán en venir a echar una ojeada al platillo, y previniéndolo les he reservado una pequeña sorpresa. Un consejo: si alguna vez os tropezáis con un hombre antena no creáis que la oscuridad os protege, antes al contrario, las tinieblas son el mejor aliado de esos seres que se mueven mejor de noche que de día. Ya os explicaré más adelante el porqué. Ahora no tenemos tiempo que perder. Voy a repartir el equipo sacado del platillo.

Yandot fue llamándoles uno por uno. Cada terrestre fue armado con un fusil atómico, cuyas características se asemejaban mucho a las de un fusil ametrallador terrestre, una pistola eléctrica y una docena de bolas metálicas del tamaño de una granada de piña. Les fue entregando, además, una lamparilla de luz negra y otra corriente, latas de comprimidos y encendedores eléctricos.

El tacomis estaba equipado de la misma guisa que los terrestres. Kazan fue cargado además con un prismático de gran alcance y potencia y una brújula. Yandot llevaba lo mismo que el ruso, amén del aparato de radio de gran longitud de onda. A las mujeres se les entregó una pistola, dos lamparillas y una lata de comprimidos.

A continuación y en breves y concisas palabras. Yandot dio una explicación de cómo funcionaban las armas y las granadas.

Pasaron quince minutos antes de que el tacomis que estaba de centinela susurrase unas palabras guturales.

Yandot y Kazan se tumbaron al lado del anciano, mirando en la dirección que éste indicaba con su brazo. Avanzando majestuoso a poca altura vieron un aerocohete, negro como la misma noche, que se inclinaba hacia el platillo volante destrozado contra la roca. La lámpara del tacomis proyectaba su luz a una distancia de mil metros. La mantenía centrada sobre el aerocohete, que se había detenido sobre el platillo. Sin duda, los hombres antena observaban con sus aparatos los alrededores antes de decidirse a posarse sobre el suelo.

—Estas rocas nos protegen —murmuró Yandot. Sus palabras iban dirigidas al ruso de Minsk—. De lo contrario habríamos sido ya *detectados*.

Dimitri comprendió el verdadero significado de aquellas palabras. Constituían un aviso. Un aviso que no debía desaprovechar si quería continuar con vida y alcanzar sus ambiciosas aspiraciones.

—Ahora bajan.

El aerocohete descendió a menos de cincuenta metros del platillo. Difuminadas por la oscuridad y por la distancia, Kazan

distinguió unas sombras achaparradas salir de la nave. Vio correrse un lienzo lateral, pero ningún reguero de luz escapó de su interior. Las sombras se aproximaban hacia los restos del platillo, muy lentas, con recelo, sin fiarse de la aparente tranquilidad.

De súbito, una bola de fuego enorme, espantosa, se alzó junto a la roca. El platillo se desintegró convirtiéndose en un brasero radiactivo, alcanzando con sus ráfagas a todas las sombras, que desaparecieron entre los torbellinos de la explosión.

Kazan sólo percibió un leve ruido en sus amplificadores, pero como no existía atmósfera ni aire en la Luna el sonido no podía transmitirse. Fue, pues, una llamarada silenciosa pero no por eso menos terrible. Un fuerte temblor de tierra sacudió la cueva, desprendiéndose algunas piedras. Por las laderas de las crestas vecinas rodaban peñascos, en un silencio ominoso y aterrador. La nave de Tarka, la de los hombres antena, fue envuelta por la onda creada por la misma explosión y recibió de lleno una parte de la estructura del platillo volante. Sin embargo, no sufrió daños aparentes, y ello fue debido a que tras descender los tripulantes víctimas de la explosión, se habían vuelto a cerrar las compuertas de salida. Sin esta precaución, el aerocohete habría seguido la misma suerte que el platillo volante.

La trampa de Yandot no pudo ser más sencilla. Dispuso la luz de una lamparilla negra sobre una célula fotoeléctrica. Al ser cortada la trayectoria de los rayos invisibles por la presencia de un cuerpo extraño, en este caso el de un hombre antena, la célula fotoeléctrica actuó sobre un mecanismo de disparo que hizo volar todo el cargamento de bombas y proyectiles atómicos que transportaba la aeronave tacomis, y que si no estallaron anteriormente al sufrir el choque fue debido única y exclusivamente a que, tanto en la construcción del platillo volante como de los artefactos bélicos, los tacomis previeron esta contingencia.

La aeronave de Tarka se elevó rápidamente, describió una serie de círculos alrededor del lugar de la explosión, pasando una de las veces muy cerca de la cueva, en cuyo instante Yandot ordenó meterse dentro y, por fin, se retiró hacia su base.

Yandot celebró con un gruñido de satisfacción la partida del enemigo. Dimitri se volvió hacia sus amigos y, sonriendo, dijo:

—Hemos ganado el segundo *round*. Estamos en tablas.

El hombre rojo intercambió algunas palabras con el tacomis; luego se encaró con los terrestres y manifestó:

—De acuerdo con mis cálculos hemos debido caer a unas cuarenta millas de la base tarka. Como podemos deslizarnos por la

Luna a triple o cuádruple velocidad que lo haríamos en la Tierra, la distancia queda reducida a unas doce millas, que podemos salvar en cinco horas poco más o menos. Lucharemos contra un enemigo que desconoce el honor y las consideraciones morales y nosotros utilizaremos los mismos métodos. Si pudiéramos aguardar hasta el nuevo día lo haríamos, pero debemos apresurarnos. Los informes que podamos proporcionar al *Kipsedón* serán de gran utilidad.

—¿No se irán dejándonos abandonados? —inquirió Olga, recelosa.

Ningún hombre se hubiera atrevido a hacer aquella observación a Yandot, pero partiendo de los labios de una débil criatura, ¿qué otra cosa podía hacer el hombre rojo sino callar?

—El jeddad sabe que Yandot vive —dijo en un tono solemne, que empleaba cuando quería impresionar a una persona—. Temoc conoce los proyectos de Yandot. Esperará.

—Pero si no has empleado el aparato de radio —declaró confusa la joven—. Y no sé por qué no lo has hecho todavía.

Yandot gruñó por toda respuesta. No entendía a las mujeres. Sabía por el viejo TJarvo que hacían preguntas tontas. Prefería, pues, callar antes que meterse en una discusión sin fundamento con una hembra. Además, estaba cansado de tanto hablar. Nunca, como en esta noche, había prodigado tantas palabras. Si los terrícolas tenían un defecto, ése era precisamente que hablaban demasiado.

—En marcha —ordenó saliendo el primero de la cueva.

Inmediatamente le siguió Kazan. Luego lo hicieron los demás, cerrando la marcha el tacomis de cuerpo encorvado y piernas arqueadas.

Notaban una sensación extraordinaria de ligereza. Dieron saltos que allá en la Tierra hubiera envidiado el campeón mundial de la especialidad. Yandot procuraba no acelerar el paso para evitar distanciarse de sus compañeros, en especial de las dos mujeres. Olga caminaba detrás de Niva y delante de Müller. Estaba algo resentida porque Yandot no le había dado explicación alguna ni había respondido siquiera a su pregunta. Emparejó con Müller, aprovechando que atravesaban un terreno llano, y volvió a formular la pregunta que hiciera al hombre rojo.

—¿Cómo puede haber comunicado Yandot a su hermano que estamos sin novedad, Karl?

—Lo ignoro… Desde el *Kipsedón* seguían por medio de las pantallas de televisión y radar nuestro viaje de exploración. Estuvo en contacto con nosotros hasta que nos estrellamos. He oído decir a Kazan que Yandot es capaz de transmitir el pensamiento a distancia

valiéndose de sus portentosas facultades. ¿Telepatía? La verdad es que ya no me asombro de nada.

—Kazan es un embustero —replicó la joven—. Siempre lo ha sido.

—Quizás lo fuera antes —manifestó el alemán moviendo la cabeza—, pero desde que trabé amistad con él se ha comportado siempre lealmente.

—Es un cretino. Un ambicioso. Y lo que ha hecho con Tania Gurevich...

—Dimitri aprecia a la muchacha. No le ha causado ningún daño.

—Pero la separó de su padre...

—... sacándola de Rusia. Tú, mejor que nadie, sabes cómo las gastan tus compatriotas. Reconozco que Kazan es un ambicioso, mas no es un crimen serlo. Y lo has dicho en un tono de voz que...

—Sé que todos vosotros le admiráis —rebatió la joven—, pero si conocierais como yo cuál es su pasado y su fondo moral, os apartaríais de él como de un apestado.

—No me importa en absoluto el pasado de un hombre. Suponiendo que Kazan fuera un asesino antes de aparecer por Sibiriakof, su comportamiento posterior con los compañeros es digno de agradecer.

—¡Todos los hombres sois iguales! —chilló la joven—. Os defendéis unos a otros. Quédate con tu Kazan. Yo prefiero andar sola.

—Mujer, no creo que haya motivo para...

—He dicho que me dejes en paz —cortó Olga adelantándose.

El alemán no se rascó la coronilla porque la escafandra se lo impedía, pero ¡diablo!, qué genio se le había hecho a Olga Fedorova. Siempre había estado alabando el carácter dulce y bondadoso de la ucraniana, el ángel de Sibiriakof, como la llamaban en el campo de concentración y ahora, al estar más en contacto con ella, descubría su verdadero modo de ser. ¡Para que se fiara uno de las mujeres!

Sosteniendo el fusil atómico saltó hacia adelante, imitando a Olga y salvando de este modo una fisura de diez metros de anchura. Apenas sus pies tocaron el suelo brilló una luz azulada, acompañada casi al instante de una llamarada mayor.

Se volvió bruscamente viendo el montón informe que formaba el viejo tacomis, caído de bruces en la otra parte de la grieta y de cuyo cuerpo escapaban pequeños hilos luminosos de humo. Aparecía sin escafandra y sin cabeza, y la visión era horrible.

—¡No te detengas, Müller! —oyó gritar a Yandot—. ¡Busca la

protección de las rocas!

Una especie de rayo de fuego, en realidad un chispazo eléctrico, surcó la oscuridad dándole en pleno pecho. Müller gritó lleno de espanto. Cuando corría hacia las rocas se asombró de que no le hubiera pasado nada. Debería estar muerto como el tacomis y, sin embargo, estaba corriendo a una velocidad endemoniada. De verdad que no lo comprendía. A su derecha estalló un conglomerado de peñascos en imponente y silenciosa explosión. Dos o tres piedras rebotaron en su escafandra de kass. Perdió el equilibrio y cayó. Como un loco rodó sobre sí mismo y se ocultó tras un grueso peñasco.

¡Rayos! ¿Qué había pasado? Respiró jadeante, más por el susto y la emoción que le embargaba que por el esfuerzo realizado.

—¡No te asomes! —oyó que le gritaba Yandot, a través de los amplificadores—. ¡Es un grupo de hombres antena!

Su frente se cubrió de sudor. Su traje especial le había salvado de los rayos electrónicos, pero los hombres antena armaban también fusiles atómicos. Una de aquellas diminutas balas le había volado la cabeza al viejo tacomis.

No veía nada con aquella oscuridad tan espantosa. La luz de las estrellas era imperceptible, por lo que hizo funcionar su lamparilla de luz negra, empuñando su fusil mas sin abandonar la protección que le brindaba el peñasco.

A su derecha brillaron varias explosiones, y a su resplandor vio a Mihaly, el polaco, disparando en abanico su fusil atómico. Al parecer había comenzado el combate. ¿Qué clase de enemigos serían los terribles hombres antena?

CAPÍTULO VI

TERROR EN LAS TINIEBLAS

Al producirse el ataque enemigo, Yandot, que iba en cabeza, pegó un brinco hacia atrás, levantó con sus poderosos brazos el cuerpo de Niva y saltó hacia la protección de unas rocas. Todo esto no le llevó más allá de tres segundos.

—¡Ocultaos! —gritó a los demás.

Foldvar y el polaco obedecieron prestamente, en tanto que Kazan imitaba la maniobra del tacomis asiendo a Olga y metiéndose entre las rocas.

—Llevad mucho cuidado —dijo Yandot—. Vigilad atentamente dirigiendo los rayos de las lámparas de luz negra a vuestro alrededor, pero no asoméis la cabeza ni los brazos de vuestro refugio.

Luego envió una andanada de balas atómicas hacia el lugar de donde partieran los disparos que pusieron fin a la vida del viejo tacomis. Vio a Müller indeciso junto al borde de la fisura y le gritó para que se escondiese, cosa que el alemán hizo a una velocidad de relámpago.

El hombre rojo conocía los procedimientos de lucha de los hombres antena. Sabía cuan difícil era burlarles y qué pocas probabilidades tenían de escapar con bien de aquella emboscada. Todo dependía del número de enemigos que tuvieran enfrente.

Varias balas atómicas estallaron a corta distancia haciendo temblar el suelo lunar y pulverizando unas cuantas rocas de tamaño no despreciable.

—No te muevas —le susurró Yandot a Niva—. Intentaré cogerlos por la espalda.

Niva vio alejarse al tacomis a rastras. Al quedarse sola dirigió los rayos invisibles de su linterna hacia los lados. Vio al polaco, tumbado unos metros más allá, disparando con furia su fusil atómico. Disparaba e inmediatamente se ocultaba, al tiempo que los proyectiles enemigos estallaban contra el tremendo peñasco tras el que estaba guarecido, sin que, empero, consiguieran desintegrarlo. Los demás, cumpliendo órdenes de Yandot, permanecían en silencio.

Pasaron varios minutos en esta situación antes de que allá enfrente se levantara una columna de fuego. Niva asomó un momento la cabeza, sin distinguir otra cosa que una bola

resplandeciente que se consumió en breves segundos.

De pronto percibió un grito y una intensa llamarada la cegó, brotando a pocos metros de distancia. Fue empujada hacia un lado por una fuerza terrible. Medio aturdida, se incorporó sobre sus rodillas y dirigió el haz de su lámpara hacia donde había estado el polaco. Vio una masa carbonizada, informe, que despedía humo luminoso.

Niva ahogó un grito de horror. La lamparilla se le cayó de las manos, quedando envuelta por las densas tinieblas.

—Mihaly —murmuró. Luego, estremeciéndose, llamó en voz más alta—: ¡Polaco! ¡Polaco!

No obtuvo contestación. La oscuridad pareció ceñirla más, tan negramente intensa, que parecía lo bastante espesa para moldearla con las manos. Niva soltó un gemido, y volvió a llamar, nerviosa.

El pánico empezaba a apoderarse de ella cuando percibió una especie de chirrido muy débil que la sobresaltó aún más, semejante al ruido que producen al ser frotados los objetos metálicos. A tientas buscó la lamparilla y, cuando dio con ella, la encendió asaetando la oscuridad con sus rayos. Barrió lentamente todo el terreno a sus espaldas. Rocas, grietas, peñascos de formas caprichosas, aristas, lava... Sin embargo, seguía oyendo aquel tenue chirrido escalofriante y persistía en ella la desagradable y aterradora sensación de estar siendo observada por alguien... o algo. ¡Allí estaba...! Pe... pero... ¿qué... era aquello?

Los ojos amenazaron saltársele de sus órbitas. Sintió un nudo en la garganta que le impedía proferir un grito; abrió la boca en busca de aire; los latidos de su corazón resonaron como el redoble de un tambor; los cabellos se le erizaron sobre la nuca, sintió frío y terror... un terror sin límites.

A cuatro yardas escasas de distancia se encontraba uno de aquellos hombres antena. Parecía dudoso que la estuviese contemplando, puesto que no vio señales de ojos en su pesada cabeza cubierta de una escafandra achatada. Era tan ancho como alto; aproximadamente mediría un metro cincuenta de estatura; tenía unas piernas muy cortas y, por contraste, los brazos casi le tocaban el suelo. Sostenía un fusil de forma extraña... Pero lo que más llamaba la atención era el conjunto de sus cuatro antenas que tenía en la cabeza: dos largas, de unos veinticinco centímetros de longitud, que surgían de las órbitas blancas, y dos más cortas, en vez de orejas. De aspecto era horrible... horripilante.

Este extraordinario ser permanecía totalmente inmóvil, con el fusil empuñado y dirigido hacia donde se encontraba Niva. Sus

antenas, tan pronto estaban quietas como vibraban produciendo un chirrido muy agudo.

Niva no osaba moverse, ni gritar, ni respirar. Estaba convencida de que el hombre antena no la había visto, pues no se alumbraba con ninguna lámpara. Por tanto, mientras no hiciera ruido o se moviese estaba salvada.

De repente, el chirrido se hizo más fuerte en los amplificadores de Niva. El hombre antena movió su cabeza, de tal modo, que la hizo describir un giro de casi ciento ochenta grados.

Niva contenía la respiración. Jamás en toda su vida había pasado por un trance semejante. Si no acudían pronto en su ayuda o el horrible ser desaparecía, se desmayaría sin poder resistir por más tiempo aquella situación.

Una sombra surcó el espacio cayendo sobre el hombre antena, el cual aún alcanzó a volverse y a levantar los brazos para resistir la acometida.

Niva, rota la tensión gritó aterrorizada, soltó la lámpara y se cubrió la escafandra con los brazos. Luego, serenándose, miró hacia el lugar donde viera al hombre antena. Aunque no sostenía la lámpara pudo sorprenderle rodando por el suelo a impulso del terrible empujón que le propinara la alta silueta de Yandot.

—Enfócales, Niva —oyó que le gritaba Kazan—. Ése es el único modo que tiene Yandot de poder ver a su enemigo.

El hombre antena había perdido su fusil y se defendía con los brazos y las piernas con terrorífica contundencia. Yandot le estrechaba fuertemente por el cuello y sus músculos resaltaban poderosos bajo el traje de kass.

El achaparrado ser de Tarka asentó sus pies en el suelo y, lentamente, separó los brazos de Yandot, demostrando con esto que poseía una fuerza superior a la del hombre rojo.

Pero Yandot era más ágil. Cuando el hombre antena quiso hacer presa en su cintura para partirle en dos la columna vertebral, disparó furiosamente sus puños golpeando el macizo cuerpo de su rival. Luego saltó hacia atrás y, cogiendo una piedra, la lanzó contra su cabeza. El impacto debió ser tremendo. El hombre antena cayó de rodillas al suelo, momento que fue aprovechado por el tacomis para pisotearlo con terrible saña.

Niva asistía a la lucha con el corazón encogido. Vio cómo el horrible ser se recobraba y asía una pierna de Yandot, derribándolo. Rodaron fuertemente abrazados, mientras Kazan oscilaba su fusil atómico sin decidirse a disparar por temor a herir a su amigo.

El ruso de Minsk, Müller y el húngaro habían rodeado a los

contendientes y tan sólo ayudaban al tacomis iluminando con sus linternas el cuerpo de su enemigo.

Los dos rivales daban saltos impresionantes, persiguiéndose en medio del paisaje lunar sin pedir ni conceder cuartel. Los largos brazos del ser de Tarka rodearon la escafandra de Yandot y tiraron de ella al tiempo que le imprimía un medio giro. El tacomis se defendió propinando sendos rodillazos. Se separaron. El hombre antena saltó hacia adelante, tropezando en el pie de Yandot y saliendo disparado de cabeza al suelo.

Aprovechando aquel momento, el tacomis recogió el fusil que su enemigo perdiera al saltar sobre él y encañonó al achaparrado ser.

—No disparéis —les gritó a Kazan y al húngaro, que levantaban sus fusiles. Luego, soltó unos sonidos chillones y agudos.

El hombre antena se incorporó con recelo y no hizo ningún movimiento para escapar.

Yandot volvió a hablar en aquella jerga ininteligible que debía ser el lenguaje de los habitantes de Tarka, compuesto a base de silbidos.

Niva se levantó, reuniéndose con Olga que había presenciado la pelea escondida tras el cuerpo de Kazan.

—No temáis ahora —dijo Yandot—. Sólo eran tres hombres antena. Uno fue alcanzado por las balas del polaco y el otro murió destrozado por una de mis granadas atómicas. Nos interesa conservar a éste vivo con el fin de interrogarle. Por de pronto, conviene alejarse de aquí. Podría ser que hubiesen transmitido algún mensaje a su base.

Los terrestres se acercaron llenos de aprensión y recelo a Yandot y a su prisionero. Entonces pudieron examinarlo a placer. Aparte los detalles generales que apreciara Niva, los hombres antena no tenían nariz, en el sentido clásico de la palabra, pero poseían tres diminutos orificios situados sobre la boca, desprovista de labios y en forma de ventosa. Sus manos eran muy alargadas y contaban sólo con tres dedos, terminados en una pequeña ventosa prensil. Carecían de pelos y vello, y las dos antenas más largas nacían de unos ojos redondos blancos y sin brillo.

Los terrestres sintieron un estremecimiento de repugnancia instintiva.

—Mataron al polaco —murmuró Foldvar—. ¡Y fue este bicho asqueroso! ¡Le disparó por la espalda! ¡Traidor cochino!

Levantó su fusil.

—¡Quieto, húngaro! —ordenó imperiosamente Yandot—. Ya tendrás ocasión de vengar su muerte más adelante. Andando.

Yandot recogió su fusil, que había dejado sobre una roca al saltar sobre el hombre antena y que no disparó por temor de herir a Niva que se encontraba detrás y, dando un empujón al hombre de Tarka, echó a andar bajando hacia un terreno más llano.

Niva se colocó a su lado.

—¿Todavía asustada?

—No. Ya no. Pero he pasado mucho miedo. Sobre todo cuando tuve que permanecer completamente inmóvil en la oscuridad por temor a que ese... hombre me viera.

—Los hombres antena no ven.

—¿Quieres decir que son ciegos?

—Lo son bajo muchos aspectos —asintió Yandot—. Se guían por sus antenas. Las dos más largas cumplen las funciones de los ojos. ACtúan a modo de antenas receptoras de radar y son tan sensibles que distinguen perfectamente cualquier objeto que se halle dentro de su campo de detección, apreciando si se trata de un ser vivo, de un cuerpo muerto, de un objeto material o de algo intangible. En muchos casos aventajan al ojo humano en rapidez de percepción. Para ellos siempre es de noche, siendo por este motivo más eficaces y peligrosos en la oscuridad. El campo de detección de sus antenas es bastante menor que el visual de nuestros ojos. Este hombre antena te *detectó*, y las ondas que le llegaron de tu cuerpo a él reflejadas le sorprendieron por ser desconocidas. Es decir, llegó a diferenciar tu raza, una raza de la que jamás había tenido noticias, y esto a pesar de cubrirte con un traje de kass. En cuanto a su oído está constituido por dos antenas menores, que captan los sonidos por leves que sean. Se explica así que su idioma sea aglutinante, a base de sonidos más o menos fuertes.

—Entonces —musitó Niva—, me estaba contemplando, mejor dicho *detectando*. ¿Sabía también que le estaba alumbrando con una lámpara de luz negra y que tenía una pistola que no me atrevía a usar?

—Así es. Todos esos detalles y muchísimos más recogieron sus antenas.

—Es asombroso.

—Aunque es la primera vez que me enfrento con los hombres antena, conozco su idioma, sus costumbres y todo cuanto hay que saber acerca de ellos. Mi padre primero, y después Vertex, su sucesor, y TJarvo me enseñaron a combatirlos. En un terreno despejado, esta noche hubiéramos sucumbido todos. Las rocas cortan sus ondas. Moviéndome, pues, por un terreno desenfilado, pude acercarme lo suficiente para arrojar una granada de mano a

uno de ellos. Después, al regresar hacia donde tú te encontrabas, vi a éste alumbrado por tu luz. Él me oyó y esperó a que me expusiera un segundo tan sólo para meterme una descarga en el cuerpo. Pero no le di tiempo.

—¿Y son capaces de percibir los colores?

—No. Las maravillas del mundo natural están vedadas para ellos.

Continuaron avanzando en silencio. Las millas fueron rápidamente dejadas atrás. Al ascender a la cumbre de unos picachos, Yandot se detuvo y habló con el hombre antena. Luego, dirigiéndose a sus compañeros, manifestó:

—Estamos casi encima de la base Tarka. El hombre antena no ha tenido inconveniente en guiarnos hasta aquí porque, según él, nuestras probabilidades de fuga son nulas. Como no quiere informamos del número de fuerzas que hay acantonadas en la base y ni una palabra le arrancaríamos, incluso empleando el tormento, debo intentar meterme en la base. Vosotros os quedaréis aquí. Si tardo en regresar radiáis al *Kipsedón* vuestra situación y os vendrán a recoger.

—Yo te acompaño, Yandot —dijo Kazan—. Dos hombres se defienden mejor que uno.

—Cuenta también conmigo —dijo el húngaro.

—No nos dejes, Yandot —susurró Niva—. Sólo a tu lado me siento segura.

—Vayamos todos juntos —insinuó Müller.

El tacomis gruñó guturalmente y, llevando por delante a su prisionero, echó a andar ladera abajo.

Atravesaron un valle estrecho que más bien parecía una hendidura. Las lamparillas de luz negra les permitían ver con suficiente claridad el escabroso terreno. Junto a la base de la montaña, entre dos imponentes peñascos de lava, se abría una caverna. Se detuvieron al percibir un pequeño chirrido vibrátil. Luego escucharon una sucesión de sonidos chillones.

El hombre antena estaba hablando.

—¿Qué está diciendo? —inquirió Kazan.

El semblante de Yandot no reflejaba ninguna emoción. Su voz carecía de expresión al contestar:

—Dice que estamos rodeados. Que es mejor que nos entreguemos; en todas las cumbres cercanas a la base hay establecidos puestos de observación y vigilancia. Oye a sus compañeros venir hacia acá.

Dando la razón al hombre antena, restalló un fogonazo a lo lejos

y una cegadora explosión se produjo a la derecha del grupo. Cayeron trozos de roca.

—¡Maldición! —bramó Kazan—. Más vale que nos metamos adentro; si no, estamos perdidos.

—Veremos hasta dónde llega esta caverna —asintió Yandot—. Pero aguarda. Nos aseguraremos que no nos entierren aquí.

Alzó la voz, hablando en aquella jerga, semejante al canto de un pájaro exótico.

—Ahora ya no nos echarán el techo encima por miedo a matar al prisionero —dijo—. Es la única virtud que poseen los hombres antena y que llevan hasta límites insospechados. Se defienden encarnizadamente unos a otros.

Se metieron por la caverna. Era pequeña al principio y parecía como si pronto fueran a llegar al fondo.

—Me sabe bastante mal abandonar los grandes espacios —dijo Foldvar con ansiedad—. Siento la misma sensación que un ratón en la trampa. ¿Alguien quiere decirme cómo vamos a salir y escapar de este lugar?

—Yandot —dijo Müller—, quedémonos aquí y resolvamos la cuestión de una vez, luchando.

—No adelantaríamos nada con eso. Esta caverna es una entrada secreta de la base Tarka. Jem-Jem, que así se llama nuestro prisionero, no ha tenido inconveniente en decirlo.

—Es mucha amabilidad por su parte —murmuró el ademán—. Oye, ¿estos bichos respetan a los prisioneros?

—Generalmente, no. Odian a los tacomis a muerte, y se sirven de los hombres amarillos de Tumpa como esclavos. Vuestro caso es diferente. Han comprendido que pertenecéis a una raza distinta. Sienten curiosidad. Me di cuenta cuando dispararon hace un instante. Fue una especie de aviso, un disparo para atemorizarnos.

La grieta de granito relativamente estrecha por la que habían entrado, desembocó en un laberinto de piedra caliza. Las cavernas bajaban en ángulo agudo y se ensanchaban hasta convertirse en cuartos de imponentes proporciones.

Las estalactitas y estalagmitas milenarias parecían macizas columnas de marfil. Había cúpulas enormes de formación cristalina que centelleaban como brillantes al tocarlas la luz de las lámparas. Algunas de las cámaras tenían arcos como de catedral y eran tan altos éstos, que el haz luminoso de las lámparas corrientes no podía delimitarlos. El húngaro alargó el cuello con admiración.

—El templo del Rey Salomón debió ser así —dijo—. Sí, éste sería un magnífico lugar para montar un harén.

—Se te tenía que ocurrir una cosa así, claro está —dijo Müller secamente conociendo la debilidad que tenía Foldvar por el bello sexo.

Al principio apenas percibieron el sordo rumor que llenaba las bóvedas. Pero después, el ruido se hizo más intenso.

—¿Qué es esto? —inquirió, alarmado, el alemán.

—El eco de nuestros pasos —replicó el hombre rojo—. En estas cavernas hay aire, y conforme nos adentramos más, la atmósfera se hace más respirable.

Los ecos rebotaban en las paredes de las cavernas aturdiendo y, a veces, asustando incluso. El ruido de los pies y el sonido de las voces parecía elevarse y volver. Yandot dio el alto en voz baja.

—Que nadie hable —ordenó.

Nadie habló ni se movió. Sin embargo, el eco de las pisadas y sonidos no cesó. Más aún, los ecos fueron aumentando en volumen hasta formar un verdadero clamor.

—Me lo figuraba —dijo Yandot en voz baja—. Los ecos no son todos nuestros.

—A juzgar por el sonido —susurró Kazan—, los hombres antena han tirado por un atajo. El ruido suena cerca.

—Sí, están cerca —afirmó el tacomis. Celebró una breve y susurrada conferencia con el prisionero—. Vamos —ordenó cuando hubo acabado de hablar.

Y dirigió la luz de su lámpara hacia adelante, penetrando por una caverna que se iba haciendo más estrecha a medida que avanzaba. Kazan, cubriendo la retaguardia, volvía la cabeza de vez en cuando y enfocaba con su lámpara el pasadizo que dejaban a sus espaldas.

—¡Nos siguen los pasos! —exclamó de pronto—. ¡Mirad!

Los otros se volvieron. No fueron lo bastante rápidos para ver las sombras de los hombres antena, pero sí para ver el fogonazo de un fusil eléctrico.

Perseguido por enormes ecos, el chispazo eléctrico bajó por el estrecho pasaje, pasando por encima de sus cabezas, chocando musicalmente contra una estalactita, que desmenuzó en miríadas de piedrecitas.

—¡De bruces! —ordenó Yandot—. ¡Enfocadlos con vuestras lámparas!

Volvieron a verse chispazos y bajaron más rayos eléctricos por el pasaje, llenándolo todo de deslumbrantes llamaradas azul verdosas y rodándoles con una cantidad considerable de piedras de diferentes tamaños.

—Retroceded —ordenó Yandot—. Nos quieren inutilizar, sepultándonos. ¡Doblad el recodo! ¡Buscad dónde guareceros antes de disparar los fusiles atómicos!

Al buscar en la oscuridad y dejarse caer tras la protección de las rocas, los chispazos quedaron obstruidos por un fantástico resplandor rojo amarillento al disparar Kazan su fusil.

El techo del túnel se hundió en medio de una fragorosa explosión; las paredes se estremecieron. La roca cayó en todo el trecho comprendido entre los dos bandos, obstruyendo el pasaje tan por completo, que no hubiera podido salvarse una rata, si allí hubiese estado.

Yandot y los terrestres, así como el prisionero, fueron levantados en vilo por la onda expansiva. El ruido amenazó con hacerles saltar los tímpanos de los oídos.

Una nube de humo radiactivo avanzaba hacia ellos formando espirales. Allá al fondo brillaban las rocas entre cuyos amasijos informes se veían los cuerpos destrozados de varios hombres antena.

—Buena la has hecho —dijo Müller contemplando el desprendimiento—. ¡Y vaya carnicería!

Se alejaron de allí, hundiéndose en las profundidades de la caverna. Desembocaron en una especie de sala cuadrada.

—Nos encontramos en una cámara de construcción artificial —dijo Yandot en voz alta—. El suelo y las paredes están enlosados. Y bastante bien, por cierto. La superficie es muy lisa.

—Es un trabajo de gigantes —comentó asombrado el húngaro.

—Parece que toda la montaña está hueca —dijo el hombre rojo—. Seguiremos este corredor artificial.

—Los hombres antena nos estarán esperando tranquilamente al final —manifestó Olga asustada—. ¿No estamos obrando ingenuamente al meternos de esta manera en la boca del lobo?

—Os dije que no me siguierais —replicó Yandot soltando un gruñido—. Vosotros quisisteis venir.

—De acuerdo; no me quejaré, ¿pero no podríamos adoptar un plan mejor que el de avanzar a ciegas?

—Hablas demasiado.

Olga crispó los puños. Era la segunda vez que el tacomis la dejaba con la palabra en la boca sin responder a sus preguntas. Golpeó furiosa el suelo con el tacón de su bota, mas siguió a los demás cuando éstos se encaminaron por el corredor. Müller intentó apaciguarla.

—Estás nerviosa, Olga. ¿No comprendes que Yandot no nos

metería aquí si no tuviese un plan formado? Él sabe lo que se hace.

—Ya veremos cómo acaba todo esto. No me gustan, Müller. De verdad que no me gustan esos hombres antena.

—Ni a mí tampoco —murmuró el alemán estremeciéndose.

Encontraron cerrado el paso por una puerta.

—¿De dónde habrán sacado la madera aquí para hacer una puerta? —indagó Niva.

—No es de madera —le informó Yandot—. Y tampoco de ningún metal conocido. Es de una composición artificial, desde luego, y no parece ser muy consistente.

En efecto, lograron forzar la puerta y pasar. Avanzaron cuidadosamente, con las armas en disposición de hacer fuego; hallaron una escalera por la que descendieron mientras contemplaban las paredes intrincadamente adornadas en algunos puntos y perforadas con aberturas del tamaño del hombre en dibujos geométricos exactos.

Encontraron otros objetos geométricos que descansaban solamente en el suelo -muebles al parecer- y todos en forma de círculo, cuadrilátero, cuadrado y triángulo.

Los objetos eran fuertes, pero de material muy liviano. Müller, al andar, derribó un objeto que parecía tan grande como un piano. No se rompió, y lo volvió a poner derecho con una mano.

—¡Qué vida! —gimió.

Yandot dijo:

—Una de las características de este lugar es que todo parece hecho de la misma sustancia que la puerta. Estoy convencido que este material ha sido fabricado aquí en la Luna o en un planeta que no es Tarka. Los hombres antena conocen el arte de sintetizar los materiales de construcción.

—¿Qué necesidad tienen aquí abajo de fabricar nada? —dijo Niva extrañada.

Yandot empujó una puerta triangular que encontró. Era una puerta enorme, pero se abrió sin dificultad. Penetraron en una estancia pentagonal grandiosa. Se percibía el zumbido apagado que surgía de una serie de extraños aparatos cuya utilidad sólo Yandot o el prisionero podría haber indicado, repartidos con extraordinaria profusión por la sala.

—Turbinas atómicas —informó Yandot.

Los terrestres contuvieron el aliento. Era extraño que los hombres antena no dieran señales de vida. Estaban dentro de sus dominios y...

Silbaron unas cosas alargadas y finas en la oscuridad.

Niva sintió una fuerte presión en el cuello, y algo le hirió en la muñeca, haciéndole soltar la lámpara. Aquella cosa que le apretaba en el cuello la arrastró hacia atrás y la derribó violentamente al suelo. Olga cayó gritando encima. Kazan, Müller y el húngaro parecían danzar en el aire. Los silbidos aumentaron en intensidad, y los terrestres cayeron uno tras otro, mientras sus fusiles atómicos y sus lámparas desaparecían por el aire en la oscuridad. Aquello era fantasmal e inaudito... Niva unió sus gritos a los de Olga, a pesar de que apenas podían respirar.

Yandot, al sonar el primer silbido, saltó hacia adelante. Algo se enroscó en torno a su tobillo haciéndole perder el equilibrio. Le arrebataron la lámpara y el fusil.

Los silbidos cesaron tan repentinamente como habían empezado. Yandot se llevó las manos al tobillo. Tocó una especie de alambre de gran flexibilidad. Silenciosamente se lo quitó y se incorporó. Percibió un leve roce a su derecha y miró en esa dirección. Vio a varios hombres antena iluminados de lleno por la luz de una de las lámparas caídas en el suelo.

Se lanzó sobre ellos, valiéndose únicamente de sus puños, que usó con la mayor eficacia, haciendo caer a sus enemigos por hileras, pero brotaban seres achaparrados de la oscuridad para ocupar el sitio de los que derribaba.

Por detrás, por delante, por los lados, se abalanzaban sobre él y, por fin, el hombre rojo cayó. Los fantásticos atacantes se echaron sobre su cuerpo como hormigas sobre un escarabajo.

CAPÍTULO VII

MUERTE NEGRA

El sonido estridente de una voz autoritaria hizo que los hombres antena cesaran en su ataque. Volvió a sonar la voz, emitiendo una orden, al parecer, y los extraños seres se retiraron de Yandot formando un corro a su alrededor. Luego, a otra orden de la voz, fueron retirados los lazos de fibra tan dura como el alambre que, diestramente lanzados, habían desarmado e inmovilizado a los terrestres.

Se encendieron unos tubos fluorescentes en la gran sala, iluminando de un modo siniestro las figuras repulsivas de los hombres antena.

—Devolved a las escafandras el tono natural —dijo Yandot a sus compañeros.

Habían dejado de estar sujetos. Apretaron, pues, ante la impasibilidad de sus aprehensores, el correspondiente botón que daba a las escafandras su tono vítreo natural. Vieron entonces con mayor claridad el lugar donde se encontraban y las figuras achaparradas y horripilantes de los hombres de Tarka.

Éstos no llevaban escafandras, excepción hecha del prisionero de Yandot, el hombre antena llamado Jem-Jem. Sus cabezas, aplanadas y coronadas por las cuatro antenas, les daban un aspecto grotesco. Abrían la boca desprovista de labios y las ventosas de su nariz se movían a impulsos de su respiración.

A una orden del jefe del grupo, un individuo que no se diferenciaba gran cosa de los demás a no ser por su vestidura completamente negra y por la capa del mismo color que pendía de sus hombros, los prisioneros fueron desprovistos de sus escafandras. El aire era puro y límpido, perfectamente respirable, cosa que alivió a los terrícolas los cuales creían que iban a morir asfixiados.

—Si estos seres no ven —murmuró Niva—, ¿para qué tienen luz en sus salas?

—Para que los esclavos de Tumpa puedan trabajar convenientemente —explicó Yandot—. Sin duda deben tener un contingente bastante numeroso de ellos.

Los hombres antena, armados de fusiles eléctricos, los empujaron fuera de la estancia pentagonal. Los prisioneros miraron a su alrededor boquiabiertos. Yandot permanecía impasible según su inveterada costumbre. Por todas partes se alzaban paredes lisas

bañadas en una especie de neblina dorada. Eran blancas y fulguraban a la áurea atmósfera. Así como en el cuarto que acababan de abandonar todo estaba hecho de forma rigurosamente geométrica, allí las líneas rectas y las anchas curvas resultaban hermosas en su desnuda sencillez.

—¡Es… es bastante modernista! —tartamudeó Müller.

—Es el más impresionante ejemplo de arquitectura funcional que he visto jamás —dijo admirado el húngaro, ingeniero de profesión.

Yandot dijo:

—Tenían que construir dentro de los limitados confines de esta caverna subterránea. Además, andando escasos de material de construcción, renunciaron a todo adorno y fachada. En todos los casos han empleado la menor cantidad de material posible.

Mientras miraban se dieron cuenta de una especie de chasquido débil y acompasado.

—¿Qué ruido en ése que se oye? —inquirió Kazan.

Müller miró a su alrededor, intrigado.

—Sí; lo he estado notando yo también. Parece el tic-tac de un reloj.

—Es una clase de ruido que uno dejaría de notar después de acostumbrarse a él —dijo Foldvar el húngaro.

Guardaron silencio unos instantes, escuchando el ruido que parecía temblar en la neblina dorada con amortiguada cadencia, semejante a la palpitación de un pulso lento.

Los hombres antena los guiaron por entre lisas y elevadas paredes, a lo largo de una avenida limpia como una patena.

Empezaron a ver las residencias de la extraña metrópoli. Éstas se alzaban hasta el techo de la arqueada caverna, cada piso un poco más atrás que el de abajo, al estilo de los rascacielos. Parecían tan eficientes como el cuadro de interruptores de una sala de dínamos.

Müller señaló una gigantesca nave construida bajo la arcada de una imponente bóveda.

—¿Qué es eso? —preguntó—. Parece el dibujo modernísimo de una astronave eso que hay sobre la puerta.

—Sí lo es —contestó Yandot—. Ahí, con toda seguridad, encierran sus aeronaves interplanetarias.

Kazan señaló también.

—Veo otras dos naves semejantes. Al parecer esta base es más importante que lo que suponías, Yandot.

El tacomis gruñó asintiendo.

—Aquello deben ser fábricas y talleres —manifestó Müller

admirado, indicando una serie de construcciones alargadas y consistentes—. ¡Y vaya fábricas! ¡Nada de humo, nada de polvo, nada de olor!

—No se desperdicia nada en ellas —aclara Yandot—. Son fábricas tan eficientes y científicas como el sueño de un técnico.

Siguieron adelante y su grupo se fue engrosando con la llegada de nuevos hombres antena, que acudían de todas partes a *detectar* el asombroso espectáculo de hombres llegados de otro mundo.

—No veo mujeres entre ellos —comentó Olga—. ¿Acaso no tienen?

—Las tienen. Las mujeres se diferencian de los hombres porque llevan la cabeza coronada de un pelo corto e hirsuto y por otros detalles comunes a todas las mujeres.

Olga se ruborizó como una niña ante el comentario serio y desprovisto de intención del tacomis.

—Esto es una base exclusivamente militar —prosiguió Yandot—. No creo que haya aquí mujeres. En este punto son tan inflexibles como nosotros los tacomis. Mirad: hombres de Tumpa.

Montados sobre unas vagonetas eléctricas que corrían sobre un único raíl pasaron dos hombres amarillos. La coloración de su piel era de un amarillo más acentuado que el de los chinos, y se parecían bastante a los terrestres: cortos de estatura, débil complexión, algo encorvados, cabello claro y blanco, ojos oblicuos, orejas grandes y desprovistos casi enteramente de nariz y cejas.

—Al lado de los hombres antena pueden pasar por guapos —comentó Niva.

Kazan llamó la atención de sus compañeros hacia un grupo de estructuras alzadas en una especie de gran patio abierto. Eran tan rigurosamente funcionales como los demás edificios.

—Eso son los cuarteles y el puesto de mando, no cabe duda —barruntó Yandot.

El edificio más espacioso de todos era uno que se hallaba en el corazón de la metrópoli y que parecía contener laboratorios científicos y que tal vez tuviese instalada también en su interior maquinaria, principalmente atómica, para el tratamiento del aire empleado para respirar y para fines de iluminación. Por lo menos el aire era más fresco y más brillante en su vecindad. Era un edificio alto y circular, rematado por una complicada serie de extrañas tuberías curvadas y conductos.

—¡Eh! —exclamó Müller—. Esa especie de pulsación… ¿no os parece que suena más alto ahora?

—Sí —contestó Yandot—. Seguro que ése es el lugar de donde

sale el ruido.

Escucharon. El sonido poblaba la áurea atmósfera como los amortiguados latidos de un corazón gigantesco. Yandot decidió:

—El ruido debe estar relacionado de alguna forma con la preparación del aire. Podría muy bien llamarse el latido del corazón de la metrópoli.

Habló con Jem-Jem, que caminaba a su derecha.

—No me he engañado —dijo luego a los terrícolas—. En vuestro idioma podría llamarse a esa fábrica Instalación Mecánico Atómica Central.

El grupo de hombres antena, rodeando a los prisioneros, llegó hasta una pared lisa en el patio que descubriera Kazan y que cerraba completamente el paso. Uno de los hombres dio unos golpes especiales y, en respuesta a la señal, se descorrió lentamente un trozo de roca. Los prisioneros y su escolta pasaron. La puerta se cerró silenciosamente detrás de ellos. Fueron conducidos a una cámara de uno de los edificios típicamente militares; lugar que era evidentemente un calabozo.

Al quedarse solos, Müller exclamó:

—¡Uf! Tenía ganas de perder de vista a esos tipos tan asquerosos...

—Bueno; calla —masculló el húngaro—. Ya sabemos todos cómo son. No es necesario que lo repitas.

—¿Qué crees que harán con nosotros, Yandot? —inquirió Niva.

—Probablemente nos conservarán la vida hasta averiguar los efectivos con que contamos, de dónde procedemos y cuáles son nuestras intenciones. Después, me matarán. A vosotros tal vez os conserven la vida. Ya os lo he dicho.

—Ni siquiera estamos atados —murmuró Niva esperanzada.

—Eso no es necesariamente una buena señal —le recordó Yandot.

—¿Por qué no?

—Significa que los hombres antena consideran tan imposible que podamos escaparnos, que el atarnos sería una precaución inútil.

No comentaron las palabras del hombre rojo. Reinaba bastante desaliento entre ellos.

Había una abertura por un lado de un cuarto, destinado a la ventilación; un agujero cuadrado, grande, cubierto por una fuerte celosía de fibra prensada. Kazan y sus dos compañeros de Sibiriakof se pusieron a intentar romperla, aunque sin el menor éxito.

Yandot se había sentado en una especie de banco que era demasiado bajo para sus largas piernas, y se mantenía hermético y

silencioso.

Mientras Olga plantada detrás de los tres hombres contemplaba el esfuerzo de éstos, Niva se sentó al lado del tacomis y, tímidamente, colocó su mano sobre la de éste.

Yandot levantó la mirada y contempló profundamente a la rusa. Durante un instante se miraron los dos a los ojos, en silencio.

Foldvar, resoplando como un buey, se hizo hacia atrás y miró a la pareja. Sonriendo expresivamente, pegó con el codo a Kazan y dijo, ensoñador:

—Es como cuanto el sol proyecta sus rayos diagonalmente sobre la Tierra, en otoño. Ya sabes cómo es… poco antes del crepúsculo, cuando los rayos de sol se filtran por entre los árboles en una especie de áureo rubor…

—¿Qué estás haciendo? —le interrumpió Kazan agriamente—. ¿Volviéndote poético?

—Narices, Dimitri —contestó el húngaro volviendo la espalda—. No entiendes de ternezas.

—Yo sólo comprendo que estamos encerrados y a poco que nos descuidemos no saldremos vivos de esta maldita ciudad subterránea.

Niva en aquel momento preguntaba a Yandot:

—¿En qué estás pensando?

—Pienso —dijo el hombre rojo gravemente— si todas las penalidades sufridas por mi padre y por los tacomis que con él salieron de Tacom hace casi un siglo habrán resultado estériles. Es indudable que, mientras el *Kipsedón* vagaba por el espacio, los hombres de Tarka descubrieron este sistema planetario y se asentaron en la Luna y, quizás, en algún planeta próximo. Puede, incluso, que estén preparándose para invadir la Tierra. Y yo me pregunto: ¿Qué habrá sido de Tacom? Según la ley del espacio, que vosotros llamáis de la relatividad, en Tacom deben haber transcurrido ya los cinco mil años que los sabios pusieron como límite de vida del planeta. ¿Dónde se habrán refugiado los descendientes de los tacomis que todavía tripulan el *Kipsedón*? ¿Habrán sido destruidos por los hombres antena, o tenido menos suerte que éstos? ¿Habrán perecido viajando por el espacio o habrán sucumbido con Tacom? He venido a esta base a buscar la respuesta a todas esas preguntas. Los hombres antena estarán tan intrigados como nosotros y pronto nos mandarán llamar para hacernos objeto de un interrogatorio.

No se equivocó Yandot. Apenas acababa de decirlo cuando se abrió la puerta y apareció una de aquellas horripilantes figuras

vestidas de oscuro. A través de su repugnante boca escaparon unos sonidos chillones que fueron comprendidos por el tacomis.

—Me ordena que le siga —dijo—. Van a interrogarme. También quiere que venga una de las mujeres extranjeras.

—Iré yo —decidió Niva temiendo que le causaran algún daño a Olga.

—Sigamos a Jem-Jem.

—¿Es éste el mismo individuo que nos condujo hasta esta ciudad subterránea?

—El mismo. En premio a su comportamiento le han nombrado nuestro carcelero.

Las antenas de Jem-Jem, especialmente las cortas, vibraban produciendo un leve chirrido. Se apartó a un lado dejando salir al hombre rojo y a su compañera, y luego cerró la puerta. Fuera del calabozo había como una especie de retén. Cuatro seres con antenas, armados de fusiles eléctricos de gran potencia, se colocaron alrededor de los dos prisioneros dándoles escolta y abriendo la marcha Jem-Jem.

Fueron conducidos a través de corredores tenuemente iluminados hasta una sala triangular repleta de aparatos de desconocido funcionamiento, y todos construidos para una misma finalidad: la de reproducir determinados sonidos que eran traducidos por los hombres antena a su ininteligible lenguaje.

Yandot fue dejado en aquella sala custodiado por los cuatro guardianes, en tanto que Niva era llevada por Jem-Jem a una habitación interior, en la que había reunida media docena de aquellos seres repulsivos. Su presencia fue saludada con una explosión de sonidos chillones, que tenían en esta ocasión cierta semejanza con el crótalo de una serpiente de cascabel.

Jem-Jem unió su canto al de los allí reunidos, mientras Niva hacía desesperados esfuerzos por conservar, una vez más, la serenidad. La iluminación de la estancia se reducía a la que prestaba un tubo fluorescente de luz verdosa que bastaba, no obstante, para apreciar en todos sus detalles el aspecto maligno de los seres achaparrados.

Un hombre antena se destacó del grupo abriendo y cerrando la boca y con el brazo derecho extendido. Niva retrocedió asustada, mas, al topar con la pared, tuvo que detenerse. Estaba aterrorizada. Sabiendo que Yandot se hallaba en la estancia vecina, se tranquilizó un tanto, pero aún así temblaba como un azogado.

El hombre antena se acercó aún más. Lentamente, mientras sus antenas vibraban extraordinariamente, levantó su brazo y lo tendió

hacia el rostro de Niva. Ésta, pese a comprender que sólo pretendía tocarle la piel, se horrorizó al ver los dedos terminados en unas pequeñas ventosas. Aquellas ventosas se pusieron en contacto con sus mejillas. La sensación fue tan desagradable que, incapaz de resistir aquella repugnante caricia, emitió un grito de espanto.

El hombre antena dio un salto hacia atrás, mientras los otros prorrumpían en una serie escalofriante de silbidos que aturdían. Niva no lo podía saber, pero los hombres antena celebraban de aquel modo el regocijo que les produjo el susto de su compañero. Se oyó un rumor sordo en la estancia de al lado y la puerta se abrió de par en par empujada por el hombro de Yandot. La rusa, medio histérica, corrió a sus brazos.

—Sácame de aquí, Yandot —suplicó—. Sácame de aquí. ¡Es horrible!

El hombre rojo, por primera vez en su vida, acarició el cabello de una mujer. Sintió un nudo en la garganta parecido al que sintiera cuando vio morir a su padre, el gran Jumwha, o cuando recibió la noticia del fallecimiento del jeddad Vertex, que fue un segundo padre para él. Pero era una sensación desconocida y diferente; una sensación alarmante y maravillosa; algo que le aturdía y le enajenaba.

—Cálmate, Niva. Estoy yo aquí para protegerte.

En otras circunstancias no hubiera pronunciado estas palabras, porque ¿cómo podía proteger a aquella débil criatura si estaba a merced de los enemigos odiados de Tacom, que le odiaban a él aún más ferozmente?

Los hombres antena producían una serie inacabable de sonidos estridentes que martirizaba los tímpanos. Los guardianes aparecieron en el umbral empuñando sus fusiles. Sus rostros carecían de expresión humana y sus antenas oscilaban locamente de un lado a otro. Indicaban de este modo la furia que les dominaba por haber sido atacados de improviso y derribados por el tacomis.

A una orden del jefe de la base de Tarka, Niva y Yandot fueron sacados de la estancia y separados brutalmente. A ella la sentaron a la fuerza en una banqueta quedando custodiada por un hombre antena. El tacomis fue arrastrado por los guardianes, quienes lo metieron por una puerta circular que cerraron tras de sí. Cuando aquella extraña puerta volvió a abrirse, Niva, que había perdido la cuenta del tiempo, soltó un grito de espanto.

El rostro de Yandot era un amasijo de hematomas sanguinolentos. Aun cuando su postura continuaba siendo altiva y serena, se veía palpablemente que las fuerzas le abandonaban.

—¿Qué te han hecho? —exclamó con la voz estrangulada la mujer corriendo hacia él.

El hombre rojo no respondió. Su semblante, siempre impasible, mostraba una expresión tormentosa y amenazadora. Sus ojos despedían llamas de furia. Se tambaleó. Niva le sostuvo.

Jem-Jem y sus hombres les golpearon con los cañones de sus fusiles y les empujaron al corredor exterior. Luego, entre una lluvia de golpes, dirigidos en su mayor parte a Yandot, se les condujo hasta el calabozo donde fueron arrojados violentamente.

Ninguno de los dos cayó. Yandot se mantuvo en pie por un esfuerzo de su poderosa voluntad. Olga Fedorova ahogó un grito de horror. Kazan, Müller y el húngaro, acostumbrados a ver aquella clase de espectáculos en Sibiriakof, corrieron a ayudar a Niva y al tacomis. Los sentaron en el banco de roca.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Dimitri.

Niva contó en pocas y rápidas palabras lo sucedido. Mientras hablaba, descorrió el cierre automático de su traje de kass y rasgó un trozo de su ropa interior, restañando con él la sangre que rezumaba de las heridas de Yandot.

Éste se reponía rápidamente. Su fuerte naturaleza dominaba el dolor y el pasajero desvanecimiento. Habló guturalmente.

—Los hombres antena son crueles —dijo—. Me golpearon y me sometieron a un fuerte interrogatorio. Deseaban conocer el objeto de nuestra presencia en la Luna. Les di respuestas equivocadas. Se rieron de mí y de todos los tacomis. Me amenazaron. Hablaron mucho. Esta base tarka se llama Kiyul y está gobernada por Ta-Sal, un antiguo jeddad prisionero de los tacomis. Todavía viven en Tacom, Tarka y Tumpa, pero hombres antena y tacomis emigran hacia otros planetas. Una guerra feroz se desencadenó a poco de abandonar el *Kipsedón* nuestro mundo. Los tacomis llevaron la peor parte. Perdieron sus dominios en Tumpa. Perdieron el satélite Kass. Los hombres antena penetraron en esta galaxia mucho antes de que lo hiciera el *Kipsedón*. La suerte les ayudó. Están establecidos en Júpiter. Tienen bases en Marte. Y procedente de Tarka se aproxima una flota compuesta de millares de aeronaves gigantescas que invadirán todo este sistema planetario. Y sólo contamos con el *Kipsedón* para frenar su inexorable avance, pues ignoramos los mundos donde se han establecido los tacomis fugitivos. En esta base, Kiyul, hay unos diez mil hombres antena y dos mil esclavos amarillos. Ta-Sal cuenta con una flota de cien astronaves y quinientos aerocohetes de menor tamaño. Se propone atacar el *Kipsedón* y, una vez batido éste, se lanzará sobre la Tierra y Venus

preparando el camino de la invasión. Los hombres antena son muy inteligentes, pero su falta de visión les perjudica considerablemente. Por este motivo siempre tienen con ellos a hombres de Tumpa. Tendré que avisar a mi hermano Temoc.

—¿Cómo lo harás? —quiso saber el húngaro impresionado por las palabras de Yandot—. No podemos escapar.

—Ni escaparemos —dijo sombrío el hombre rojo—. Hemos sido condenados a muerte. Dentro de poco seremos sometidos a la acción de los rayos desintegradores, que los hombres antena estudian para poderlos instalar a bordo de sus astronaves.

Los terrestres palidecieron, pero más intensamente Kazan, el único, aparte de Yandot, que conocía el terrible efecto de los rayos desintegradores.

* * *

Dos horas después, los prisioneros atravesaban las calles de Kiyul. Sin atar, pero impotentes, porque les conducían tirando de cuerdas fibrosas sujetas al cuello, las muñecas y los tobillos, Yandot y sus cinco compañeros fueron arrastrados ignominiosamente a la plataforma y subidos a ella.

La plataforma estaba colocada en el centro de una especie de anfiteatro, situado detrás de la Central Atómica.

Al ser expuestos así a la vista de todo el mundo que llenaba el anfiteatro, se alzó un insistente rumor chillón. La multitud clamaba en su idioma nativo y, a juzgar por el tono agudo y por los silbidos de crótalo, exigía que se apresuraran los acontecimientos.

Los gritos ahogaban por completo el sonido de la máquina de la Central que dejaba oír de continuo su tictac, pero al aproximarse el momento culminante, el rumor fue apagándose aun cuando los ecos persistieron unos segundos más. Por fin éstos se desvanecieron también y cayó sobre el lugar un silencio interrumpido tan sólo por la pulsación de la máquina.

Seis hombres fuertes y media cabeza más altos que los demás habitantes de la metrópoli subterránea se adelantaron colocándose al lado de cada uno de los terrestres y al lado de Yandot. Envueltos en trajes de malla oscura y capas negras y con sus pálidos rostros carentes de expresión, parecían la personificación de la propia muerte.

El jeddad de Kiyul, Ta-Sal, se presentó en escena a la cabeza de una procesión en la que figuraban los principales jefes de la base. Todos ellos ocuparon sus puestos en la plataforma.

Ta-Sal dio una orden y aparecieron dos hombres antena

transportando un aparato que colocaron en la plataforma enfrente de los prisioneros.

Kazan se humedecía los labios continuamente.

—Es una invención terrorífica —murmuró.

El húngaro y Müller le oyeron.

—¿Cómo lo sabes? —masculló el primero.

—Esa máquina o aparato, por medio de la creación de un tipo extraño de campo magnético concentrado, para por completo el movimiento atómico.

—¿Pretendes endulzarnos la muerte hablándonos de eso? —gruñó el alemán.

—No lo entendéis, ¿verdad? Tomad una moneda: Está hecha de cobre y el cobre está hecho de moléculas. Las moléculas a su vez están compuestas de átomos. Y cada átomo es un núcleo de electrones. La ciencia no está de acuerdo sobre la composición de los electrones, pero se cree que son de naturaleza eléctrica. De todos modos, los electrones se mueven en órbita de gravitación con bastante espacio entre ellos, por el estilo de nuestro sistema solar: la Tierra, la Luna, el Sol y los planetas.

»En caso de que se pare el movimiento de los electrones, el resultado general es una descomposición completa de la materia. Ese aparato, al crear un campo magnético de intensidad superlativa, detiene completamente el movimiento atómico dando por resultado la destrucción de cualquier materia que se halle en dicho campo, en este caso... nuestros cuerpos.

El húngaro y Müller tragaron saliva.

—Oye, ¿a qué vienen todas esas explicaciones?

—¿No os he dicho el procedimiento que empleé para liquidar al comisario que me envió a Sibiriakof?

—¡La muerte negra!

Kazan asintió lentamente... Sus sueños de grandeza se habían venido abajo de un solo golpe.

Müller miró a Olga que estaba aterrorizada. Demasiadas emociones seguidas le habían destrozado los nervios. Le dirigió una sonrisa animándola. La joven intentó esbozar una sonrisa, pero fracasó; frunció los labios lastimosamente.

El húngaro clavó su mirada en Jem-Jem, lamentando que el matador del polaco no recibiera su merecido.

Yandot se mantenía altivo como un roble, y en sus ojos buscaba Niva fuerza para resistir con entereza el horrible suplicio.

Ta-Sal, el jeddad de Kiyul, se levantó en medio de un silencio impresionante. Alzó la mano en la neblina dorada.

CAPÍTULO VIII

FRÍO ATERRADOR

Bajo un sol de fuego que calcinaba la superficie lunar, el *Kipsedón*, pájaro azul de enormes proporciones, se elevó silenciosa y pausadamente del fondo del cráter volcánico.

Tal fue la suavidad con que ascendió hacia el espacio, que ni Lanca ni Tania Gurevich se dieron cuenta del despegue. La americana miraba compasivamente a la muchacha rusa. Lo que había hecho Kazan era algo brutal. Tania se hallaba todavía sumida en una especie de asombro letárgico, del que parecía ir surgiendo lentamente.

Como no se entendían, tan sólo se comunicaban por medio de miradas de simpatía y gestos amigables. Lanca hubiese querido hacer algo por ella, pero no se le ocurría el modo de intentarlo. Le preocupaba, además, la suerte que pudieran correr Olga y Niva; pensaba en los peligros que amenazaban a Derek, dado su carácter impulsivo, y recordaba soñadoramente los primeros días de su matrimonio, felices y perdidos, eso sí, en el pasado. El futuro se le presentaba muy oscuro, en realidad como un gran interrogante.

—Te tendrás que amoldar a esta vida —dijo—. Yo ya he abandonado toda esperanza de regresar a la Tierra y procuro no desesperarme por ello, ¿comprendes, Tania?

La muchacha alzó su hermoso semblante, los ojos húmedos de lágrimas, y en un impulso brotado de su corazón generoso, se arrojó en el regazo de Lanca sollozando quedamente.

—Pobrecilla... pobrecilla —sólo pudo decir ésta. Y en su fuero interno, Lanca Bedford maldijo a Dimitri Kazan sin saber que en aquellos momentos era conducido por los hombres antena a la muerte.

En la cámara de control y dirección de la colosal astronave, se hallaban presentes el jeddad Temoc, todos los suts tacomis, el profesor Hoppel y Derek Bedford y sus hombres.

Temoc había estado dando órdenes. Ahora era Zanu, el sut de la guerra, quien transmitía sus palabras a los americanos.

—Jeddad recibir aviso telepático de Yandot. Saber que Yandot vivir y ser prisionero de hombres antena. Yandot grande peligro. Nosotros atacar. Por primera vez, hombres antena conocer potencia destructora del *Kipsedón*. Participar en batalla todas las aeronaves tacomis. Vosotros embarcar si querer. Gran combate. Haber

desembarco de hombres robots y máquinas poderosas. Conquistar base tarka.

—No me importan vuestras rencillas con los llamados hombres antena —repuso Derek—. Pero en este caso se ventila la suerte de varios terrestres y quizás la nuestra propia; por tanto, cuenta conmigo.

Wilson, Garry y Shandon ofrecieron su cooperación instantáneamente. El teniente Tom Morse, tras vacilar unos segundos, se unió a las palabras del capitán.

Instantes después, de los hangares del *Kipsedón* despegaban las pequeñas aeronaves tacomis: siete esferas volantes, en una de las cuales enarboló su pabellón de mando el sut Zanu, a quien acompañaba el capitán Bedford, trece platillos volantes y veinticinco destructores. Los tenientes Wilson y Morse habían tomado su puesto de combate a bordo de otra esfera, mientras el sargento Garry y el cabo Shandon viajaban en una tercera, sintiendo una honda emoción por la lucha que se avecinaba.

En las entrañas del *Kipsedón*, un verdadero ejército mecánico compuesto de hombres robots, máquinas excavadoras, tanques, camiones orugas, cañones autopropulsados y mil artefactos más, todos dirigidos por precisos y eficientes cerebros electrónicos, estaba dispuesto para invadir los dominios de los hombres antena.

Escoltados por sus satélites diminutos, el *Kipsedón* surcaba el espacio rumbo hacia la montaña donde habían surgido las extrañas cúpulas azules. Un momento después la oscuridad, una noche espantosamente negra, envolvió la flota tacomis. Y un diluvio de fuego anunció minutos más tarde su aparición sobre Kiyul…

* * *

Al colocarse los dos hombres antena que oficiaban de verdugos junto al proyector de rayos desintegradores, Yandot tensó los músculos hasta el punto que parecía iba a romper la malla de kass y amianto. Dio un fuerte tirón a las correas que le sujetaban las muñecas y los dos hombres antena que sostenían los cabos cayeron sobre la plataforma prorrumpiendo en sonidos estridentes.

Y en aquel preciso instante, cuando los guardianes empuñaban sus fusiles eléctricos o atómicos para acabar con el rebelde, un aullido infernal que subía y bajaba de diapasón intermitentemente, sonó ahogando los gritos de los habitantes de Kiyul, haciéndoles enmudecer.

Ta-Sal, el jeddad de los seres de Tarka, gritó una orden. Inmediatamente, el anfiteatro y la plataforma se vaciaron entre un

sordo rumor de carreras precipitadas. No hubo confusión. Cada uno parecía saber lo que tenía que hacer. Unos se dirigieron hacia las gigantescas construcciones donde se guardaban las astronaves, otros se encaminaron hacia los pasadizos que conducían a las cúpulas azules, otros, en fin, surgían de los cuarteles convenientemente armados y equipados, yendo a ocupar sus puestos correspondientes ante el ataque de que eran objeto desde el exterior.

Ta-Sal desapareció rodeado de su Estado Mayor. En el tablado sólo quedaron los guardianes al mando de Jem-Jem y los dos verdugos que se disponían a cargar con la máquina desintegradora.

Yandot había oído las órdenes del jeddad y estaba tranquilo. Se les iba a conducir de nuevo a la prisión, mas en la mente del tacomis no cabían los deseos de su enemigo. Jamás se le presentaría otra oportunidad de escapar mejor que aquélla y estaba dispuesto a no desperdiciarla.

Dejó que los hombres antena libraran a sus compañeros de las correas de fibra prensada y entonces... se lanzó como un vendaval sobre los guardianes sabiendo que no tardarían en unírsele los otros.

La víctima escogida llevaba un fusil atómico en las manos. Yandot se lo arrebató de un fuerte tirón al tiempo que le propinaba un espantoso puntapié que lo arrojó fuera de la plataforma.

Aunque los hombres antena eran rapidísimos en sus reflejos, Yandot obró a una velocidad desconcertante. Como primera providencia disparó contra un enemigo que se disponía a hacer fuego sobre Kazan. El hombre antena desapareció en medio de una fuerte explosión. Luego, cubriéndose tras el cuerpo de un adversario, volvió a disparar contra un segundo enemigo que se desintegró en una especie de estallido. Y cuando el ser tras cuyo cuerpo se había cubierto dio la vuelta, le descargó un feroz culatazo en pleno rostro tirándole también fuera del tablado.

Müller se arrojó sobre el enemigo más próximo, asiéndole de las dos antenas más largas. El individuo así apresado chilló como una hiena y propinó un golpe tan violento al alemán que lo despidió de cabeza contra Niva y Olga, a las que derribó salvándolas así de la descarga de Jem-Jem, que había disparado contra ellas su fusil eléctrico.

El húngaro luchaba a brazo partido con un enemigo que le aventajaba en peso, fuerza y corpulencia. Las ventosas del hombre antena le oprimieron terriblemente la garganta. Kazan, que se lanzaba contra Jem-Jem, varió su intención y descargó un puntapié en la cabeza del ser que estrangulaba a su amigo. Luego le machacó

rabiosamente el cráneo, convirtiéndoselo en una pulpa sanguinolenta.

A continuación se dirigió como una flecha hacia los dos hombres antena que se llevaban el proyector de rayos desintegradores. Fue detectado, y los dos achaparrados sujetos, dejando la máquina en el suelo, echaron mano a las pistolas que colgaban de su cinto. Kazan, con los brazos extendidos los empujó, cayendo los tres juntos en confuso montón debajo de la plataforma.

Müller se incorporó enfurecido tratando de arrojarse sobre el enemigo que le derribara de manera tan poco académica, pero antes de que iniciara la carga restalló un fogonazo y el hombre antena desapareció en medio de una explosión terrible.

—¡Huyamos! —gritó Yandot con el fusil recién disparado en la mano y retrocediendo ante la columna de humo radiactivo levantada por los disparos.

Mas ni Müller ni el húngaro le oyeron. El primero porque se tiraba de cabeza para ayudar a Kazan que se revolcaba en el suelo abrazado férreamente a los dos verdugos. Y el segundo porque, con la testa baja como un toro bravo, atacaba a Jem-Jem.

El ataque de Foldvar libró a Jem-Jem del disparo con que pensaba obsequiarle Yandot, el cual tuyo que mudar la dirección de su cañón para apuntar a los dos hombres antena que había arrojado fuera de la plataforma e intentaban regresar a la lucha. La bala atómica dio a uno de ellos en la cabeza volándosela limpiamente, mientras el otro desaparecía entre el humo radiactivo y caía víctima de la explosión.

Jem-Jem falló su disparo dirigido al húngaro que le atacaba. El disparo eléctrico dio en la base de una columna que sostenía una pequeña bóveda y la partió en dos mitades, desplomándose el techo y despertando los ecos de las paredes, como segundos antes lo habían hecho las reducidas explosiones atómicas. Volvió a disparar acertando esta vez en una pierna de su atacante, pero el traje de kass le libró de los desastrosos efectos de la descarga. Para detener la furia vengativa del húngaro hubiese sido necesario un tiro en la cabeza descubierta.

En tanto que Foldvar y el hombre antena se revolcaban sobre la plataforma, Yandot saltó fuera de ella dispuesto a ayudar a Kazan y al alemán que llevaban la peor parte en la lucha. El tacomis empezó a descargar sendos culatazos en las peladas cabezas de sus enemigos hasta que éstos cesaron en toda suerte de movimientos convulsos. Sólo entonces el ruso se incorpora y corrió hacia el proyector de rayos desintegradores. Lo asió con una mueca feroz.

—¡Aparta, húngaro! —gritó.

Pero Foldvar se veía apurado para soltarse de Jem-Jem. Por fin, en una de las sacudidas se apartó lo suficiente para que Kazan hiciera funcionar el proyector cuyo manejo conocía perfectamente.

Jem-Jem saltó hacia su fusil que había perdido en la lucha. De pronto se paró y se quedó con las antenas vibrando locamente, con los brazos alargados en un gesto rígido. Abrió la boca y permaneció completamente inmóvil, como una vieja estatua de bronce untada de aceite.

Al instante quedó negro como el hollín. El cambio ocurrió en un abrir y cerrar de ojos… Se quedó negro, luego se transformó en humo, humo negro que se levantó, se retorció en la dorada neblina extendiéndose, alejándose y desapareciendo misteriosamente.

No cabía duda, Jem-Jem se había transformado en un fantasma negro y de él no quedó el menor rastro absolutamente.

—El polaco ha sido vengado —dijo Kazan.

Luego, en tono bajo, mientras Yandot y Müller se alejaban llevándose a las horrorizadas mujeres, añadió:

—Ésa es la muerte que nos tenían reservada, húngaro.

—¡San Esteban me valga! —exclamó Foldvar muy pálido.

Los dos hombres recogieron un fusil eléctrico cada uno y echaron a correr en pos del grupo que huía del anfiteatro. Kazan sostenía además del fusil el proyector de rayos desintegradores.

En la base tarka reinaba una gran algarabía, aunque ni mucho menos confusión. Los disparos de Yandot habían conmovido todos los ámbitos; el estruendo que surgía de las construcciones alargadas era infernal. La pelea contra los nueve hombres antena se había llevado a cabo con una rapidez prodigiosa. Las acciones fueron simultáneas y en conjunto apenas duraron cuarenta y cinco segundos.

Avanzaron. Sin el menor escrúpulo mataron al primer hombre antena que les descubrió. Al oírse el estampido del fusil atómico que empuñaba Yandot, empezaron a llenarse las calles de hombres antena.

—No podremos llegar a las cavernas exteriores —dijo Yandot de pronto—. Procuraremos meternos en la Instalación Mecánico Atómica Central.

Recorrieron casi todo el camino sin que fuera amenazado seriamente su progreso; pero les *detectaron* muchos seres de Tarka. De vez en cuando llameaba un chispazo eléctrico que les cegaba; pero se abstenían de disparar con los fusiles atómicos por temor a que las balas fuesen a parar a la Central. Además, el aparato que

llevaba Kazan en sus manos les imponía un respeto profundo.

Los de la Central debían haber creído imposible que cuatro hombres y dos mujeres solos pudieran llegar hasta allí y no habían cerrado las puertas.

Antes de que se dieran cuenta de cuan posible era, Yandot se hallaba ya cerca de la entrada. Alargó el brazo y derribó a un enemigo de un puñetazo.

Estalló una granada a pocos pasos del húngaro que cubría la retirada, derribándole de bruces al suelo. Cuando Kazan ya estaba cerca de la entrada oyó la voz del ingeniero que le llamaba:

—¡Sálvame, Dimitri! ¡No me dejes aquí!

El ruso volvió la cabeza. Foldvar se arrastraba penosamente por el suelo. Junto a la puerta de la Central, Müller le hacía señas con el brazo para que se apresurara a entrar. Dos granadas estallaron a menos de quince yardas del herido levantando ecos enormes de las altas bóvedas.

—Aguanta firme, húngaro —gritó.

De unos cuantos saltos se plantó a su lado. Inclinándose, le cogió entre sus brazos, y gracias a que su peso se reducía considerablemente por la escasa fuerza de gravedad existente en la Luna, se lo cargó al hombro como si fuese un saco de trece kilos y se dirigió corriendo hacia la Central, perseguido por el estallido de algunas granadas. Müller cerró la puerta.

—Sígueme —dijo.

En el patio se veían los cadáveres de dos hombres antena. Entraron en una especie de pequeño vestíbulo y subieron unos escalones. Llegaron a unas habitaciones grandes que parecían laboratorios. Allí estaban Yandot y las dos mujeres.

—¿Han alcanzado al húngaro? —preguntó Niva más serena que lo que cabía esperar. En cambio Olga se hallaba al borde del histerismo.

Kazan depositó en el suelo al herido. Mientras Yandot se inclinaba sobre él, el alemán vigilaba la escalera.

—Tiene un brazo roto —informó el hombre rojo—. Está herido, además, en la frente y en el cuello y temo que sean heridas radiactivas.

—¿Hay salvación? —inquirió Niva.

—Si se le trata convenientemente, sí. Pero estamos cercados...

Dejó sin concluir la frase. Cargó con el cuerpo del desvanecido y se dirigió hacia la puerta del fondo.

—Preparaos —ordenó a sus compañeros.

Abrió levemente la puerta atisbando hacia el corredor que

conducía a otra parte de la Central. Inmediatamente cayó dentro un chorro de algo líquido. Yandot cerró la puerta de golpe, saltó hacia el fondo del laboratorio y arrastró a las dos mujeres consigo. El aire parecía haberse llenado de pronto de un frío brusco y cortante. Aparecieron manchas grises sobre la puerta y se fueron extendiendo.

—¡Brrrr! —exclamó Müller, tiritando—. ¿Qué se ha hecho del calor?

—¡Que me traguen los infiernos! —gritó Kazan—. ¡Aire líquido!

—¿Uh? —murmuró el alemán.

—Aire comprimido hasta reducirlo a estado líquido —dijo Kazan —. Si se le deja evaporarse produce un frío terrible.

Müller miró hacia Yandot.

—¿Mala cosa? —indagó.

—El aire líquido es lo bastante frío para helar casi cualquier cosa —gruñó el hombre rojo—. Seguramente lo emplean para renovar el aire de la población y tendrán tuberías cerca de esta puerta.

Los profundos ojos de Yandot recorrieron el cuarto con su mirada. No había más salida que las dos puertas. Las ventanas daban a una superficie tan lisa que nadie podía escalar. Aquellas paredes estaban infinitamente mejor trabajadas que las de los edificios viviendas.

Los hombres antena chillaban sin cesar, pero no tomaban medida drástica alguna. Yandot aprovechó la tranquilidad del momento para inclinarse sobre el húngaro y examinarlo con atención. Luego se puso a trabajar aprisa. Haciéndole falta muchos instrumentos y determinadas substancias, echó una mirada al enorme laboratorio observando la multiplicidad de aparatos. Reconoció el objeto de muchos de ellos; aun cuando se diferenciaban mucho en aspecto de los que el *Kipsedón* llevaba a bordo, su funcionamiento era fundamentalmente el mismo.

Los hombres antena no poseían sistema alguno de escritura.

Había grandes recipientes a un lado llenos de carretes clasificados, de un alambre rígido y brillante, mientras cerca de ellos se veían unos aparatos que parecían fonógrafos. Reconoció en todo aquello un mecanismo para registrar los sonidos que constituían la jerga de Tarka, en alambres por un procedimiento magnético.

En tanto que Yandot operaba sobre el húngaro, los hombres antena se fueron impacientando. Empezaron por cortar la corriente que suministraba luz a los laboratorios. Luego dispararon sus fusiles

eléctricos contra las ventanas.

Kazan, que defendía solo la puerta de la escalera, oyó un leve rumor de pasos. Abriendo levemente la puerta, asomó su proyector y lo hizo funcionar. Se escucharon gritos de terror, rodar de hombres por las escaleras, silbidos escalofriantes.

Müller, a oscuras, se estremeció involuntariamente. Percibió el roce de unos pies a su espalda.

—¿Quién va?

—Soy Olga, Karl. Tengo miedo.

Encontró la mano de la joven en la oscuridad. Se la apretó cálidamente.

—Sólo es cuestión de resistir algún tiempo —la tranquilizó—, hasta que los tacomis vengan a salvarnos. ¿No sientes temblar la montaña? Se está desarrollando una batalla feroz y sin cuartel en el exterior.

—No llegarán a tiempo —gimió Olga—. Lo presiento. Esto es algo superior a mis fuerzas. Me encuentro deshecha. Si por lo menos pudiera ver la luz del sol…

—Lo verás, mujer. Hasta ahora hemos tenido suerte.

Demasiada, a su propio juicio. Dios les protegía más de lo imposible. Si Él les abandonaba…

Yandot disparaba a través de las ventanas con su fusil atómico, disolviendo los grupos de hombres antena que pululaban por el patio tratando de organizar un ataque contra los laboratorios, pero sin duda, estaban más pendientes de lo que ocurría fuera de Kiyul que del grupo que se defendía en la Central.

El hombre rojo pensaba… El *Kipsedón* estaba atacando la montaña donde se encerraba la ciudad de Kiyul. ¿Conseguiría rechazar las acometidas de las naves interplanetarias de los hombres antena? ¿Lograría romper la defensa de las cúpulas azules? ¿Podrían lanzar los tacomis a su ejército mecánico al asalto de Kiyul? ¿Resistirían ellos hasta entonces, si ese entonces llegaba? No quiso hacer concebir a sus compañeros falsas esperanzas, por eso no dijo nada del ataque del *Kipsedón*, aunque cada uno en su fondo lo imaginara. Si escapaba de aquella…

Jamás había tratado con mujeres. Nació a bordo del *Kipsedón* y sólo las conoció a través de las cintas de colores y en relieve que constituyeron su distracción favorita cuando era un muchacho. Sin embargo, nunca una mujer se le había adentrado tan profundamente en el corazón. Los cabellos dorados de Niva, su blanca dentadura, sus ojos de esmeralda, tan distintos de los de las mujeres tacomis, le tenían embrujado. Se sentía esclavo de sus

acciones y de sus menores gestos. Se hallaba entregado en cuerpo y alma al extraño sentimiento surgido en su corazón. Sentía un vértigo maravilloso cuando contemplaba la silueta de Niva, sus encantos y la bondad de su mirada. Recordaba algunas de sus reacciones, como cuando le restañó la sangre de sus heridas, y el excitante momento en que la tuvo en sus brazos.

Pero, ¿por qué se complacía en aturdirse con aquellos pensamientos si Niva nunca le aceptaría? ¿Para qué pensar, por otra parte, sabiendo que se avecinaba una guerra, cruenta, despiadada e infernal, en la que participarían miles de aeronaves y millones de seres?

Los hombres antena, con sus disparos y sus gritos cortaron el hilo de sus pensamientos. Estaban practicando agujeros en el techo y en las paredes.

Percibía claramente el ruido de los pequeños taladros.

—¿Qué es eso? —preguntó Niva.

Yandot se lo dijo. Avisó a Müller, el cual, metiendo el cañón de su fusil por varios de aquellos orificios, disparó hasta agotar toda la carga de su arma. Pidió el fusil que tenía Kazan a la espalda, pero en aquel pequeño intervalo, los seres achaparrados acabaron por lograr introducir una especie de tubos por los agujeros y empezaron a disparar chorros de aire líquido.

Al evaporarse condensaba la humedad del aire, haciendo que se alzaran nubes de vapor. La mayor parte del aire líquido entraba por los agujeros del techo. Parte de él cayó sobre un montón de fibra blanca, como algodón, que Yandot había usado para curar al húngaro.

La fibra cayó de la mesa, tocó el suelo con un golpe seco y, habiéndose helado sólidamente, se rompió en millares de partículas.

—¡Rayos! ¿Qué es ese ruido? —preguntó Kazan.

Debido a la oscuridad no había podido apreciar el fenómeno.

Yandot no respondió. Se deslizó hasta la puerta que defendía Müller y la probó. Resultó estar cerrada por fuera.

—¡Vaya frío polar! —tiritó el alemán—. ¡Es algo aterrador! Si nos rendimos... Eso es lo que quieren que hagamos.

—Esta puerta sigue abierta —dijo Kazan—. Esos bichos temen extraordinariamente a los rayos desintegradores.

—No podemos quedarnos aquí —decidió Yandot, cargando sobre sus robustas espaldas el cuerpo insensible del húngaro—. Y no pensemos en rendirnos, pues no duraríamos ni un segundo en sus manos. Nos abriremos paso a viva fuerza. Y si no lo logramos, moriremos matando.

Müller tenía cogida a Olga de una mano, mientras con la otra sostenía el fusil eléctrico en disposición de hacer fuego.

—Estoy dispuesto —dijo firmemente.

—Pues entonces —gritó Kazan abriendo la puerta de un puntapié—: ¡Seguidme! ¡Me parece que aquí terminan las andanzas de Dimitri Kazan!

Yandot, llevando al húngaro, salió seguido de Niva. Müller y Olga cerraron la marcha abandonando los laboratorios donde reinaba un frío increíble y aterrador...

Su presencia en la escalera fue saludada por una serie escalofriante de silbidos…

F I N

Colección

Luchadores del Espacio

presentará en su próximo número la interesante novela de

W A L T E R   C A R R I G A N

LAS BASES DE TARKA

Este era el objetivo perseguido por los «tacomis» en su lucha desesperada y sin cuartel contra los «hombres-antenas».

En los cráteres desérticos de la Luna, en las selvas lujuriantes de Venus, en el Valle de la Muerte, los odiados adversarios se persiguen y se aniquilan.

La isla de Yer-Mun era una de

LAS BASES DE TARKA

y su posesión se convirtió en necesaria para los «tacomis» de las cavernas.

LAS BASES DE TARKA

de

W A L T E R   C A R R I G A N

dejará un grato recuerdo en sus lectores.

TIP. ARTÍSTICA *Precio:* 5 *pesetas*